



FUNDACION BBV

La próxima Europa

UN ENSAYO SOBRE ALTERNATIVAS Y
ESTRATEGIAS PARA UNA NUEVA VISION DE
EUROPA





FUNDACION BBV

La próxima Europa

**UN ENSAYO SOBRE ALTERNATIVAS Y
ESTRATEGIAS PARA UNA NUEVA VISION DE
EUROPA**

LA PROXIMA EUROPA

Traducido por Miguel Mingarro Sáinz-Ezquerria.

La ilustración de la portada ha sido tomada del cuadro de Oleg Tselkov "The Growing head".

© Copyright FUNDACION BBV
DOCUMENTA
Plaza de San Nicolás, 4 - 48005 Bilbao

Depósito Legal: BI-571-94
ISBN 84-88562-17-9



FUNDACION BBV

La próxima Europa

UN ENSAYO SOBRE ALTERNATIVAS Y
ESTRATEGIAS PARA UNA NUEVA VISION DE
EUROPA

Elaborado por un Grupo de la Fundación BBV
bajo la dirección Profesor Michel Foucher

Conferencia del 25 Aniversario del Club de Roma
Visión de Europa 2020
Sus nuevas responsabilidades en un mundo cambiante
1 - 3 Diciembre de 1993
Hannóver

PROLOGO

El ensayo «La Próxima Europa» es el resultado, dentro del Proyecto Intercultura de la Fundación Banco Bilbao Vizcaya, de los acuerdos de colaboración con el Club de Roma

En la reunión organizada en enero de 1993 en Madrid por nuestra Fundación con los miembros de dicho Club, recibidos por la Corona y el Gobierno con motivo de la presentación del primer borrador de la Conferencia de Hannóver, se expuso a los mismos la metodología y objetivos de nuestro Proyecto Intercultura. El Presidente y los miembros del Club presentes en dicha reunión entendieron que el Proyecto presentaba notables convergencias con algunos de los temas del borrador de Hannóver.

Al finalizar la reunión, el Presidente del Club de Roma pidió oficialmente a nuestra Fundación compartir con las Fundaciones Bertelsmann y IPI (International Partnership Initiative) la responsabilidad intelectual de la Conferencia de Hannóver, definiendo previamente sus campos de trabajo, y confiándonos el desarrollo de la Sexta Sesión de la Conferencia.

Con objeto de hacer frente a este compromiso la Fundación BBV inició seguidamente, y dentro del Proyecto Intercultura, diversos trabajos de diseño del posible contenido de nuestra participación en la Conferencia. Siguió una amplia consulta a varias de las personalidades que conforman nuestra red Intercultura. Como consecuencia, se constituyó un equipo de trabajo que, dirigido por el Profesor Michel Foucher, emprendió la tarea de establecer puntos de vista compartidos por todos sus miembros, con elementos comunes, pero también con divergencias.

Esta diversidad de criterio ha dado lugar a las distintas opciones que quedan abiertas al lector quien prodrá, a su antojo, insistir sobre lo que le parezca pertinente. No se trata, por lo tanto, de un informe, sino de un ensayo interpretado a varias voces, de una polifonía en el sentido literal del término.

El grupo de trabajo, que ha celebrado reuniones en París, Viena, Lyon y Bilbao, ha contado siempre con la activa participación de José Ignacio Oyarzábal, Director del Proyecto Intercultura de la Fundación BBV, quien en todo momento se esforzó en recordar al equipo los enfoques, conocimientos y metodología que constituyen la originalidad de dicho Proyecto.

He tenido ocasión de estar presente en varias de estas reuniones, lo que me ha permitido apreciar y aprender hasta dónde son sorprendentemente rentables los enfoques pluralistas y los riesgos calculados de mirar con nuevas lentes los problemas europeos. Quisiera que quede aquí constancia de mi personal

agradecimiento al Profesor Michel Foucher y a su equipo de trabajo.

Desearía únicamente que, en alguna manera, este ensayo pudiera ser considerado como un acarreo de materiales para nuevos debates que nos conduzcan a establecer criterios sólidos y comunes frente a los compromisos que Europa y los europeos tenemos contraídos con nuestro propio futuro.

José Angel Sánchez Asiaín
Presidente de la Fundación BBV

GRUPO DE TRABAJO

Director

*Michel FOUCHER, Profesor Doctor, Universidad Lumière, Lyon (Francia). Director de «L'Observatoire Européen de Géopolitique de Lyon»; Editorialista,

Obras recientes: «Fronts et Frontières»; «Fragments d'Europe, Atlas de l'Europe médiane et orientale»

Miembros

*Heinz-Jürgen AXT, Profesor Doctor, Universidad Technische, Instituto de Sociología, Berlin. Stiftung Wissenschaft und Politik, Ebenhausen.

Obras recientes: «Entspannung im Ägäiskonflikt?»; «Griechenlands Aussenpolitik und Europa»

*Marian DOBROSIELSKI, Profesor de Filosofía de la Universidad de Varsovia. Ex embajador de Polonia

Obras recientes: «The philosophical pragmatism of C. S. Peirce», «Revolution of Reason», «In Search of a better World: The philosophy of history and politics of Karl Popper»

*Egon MATZNER, Profesor de Finanzas Públicas, Universidad Tecnológica. Director de la Unidad de Investigación Socio-económica de la Academia Austriaca de Ciencias, Viena

Obras recientes: «Beyond Keynesianism», «Europa und die Weltwirtschaft»; «The «market shock», an agenda for socio-economic reconstruction of Central and Eastern Europe»

*José I. RUIZ de OLABUENAGA, Profesor Doctor de Sociología, Universidad de Deusto (España). Director del Centro de Investigación de Expectativas Sociales

Obras recientes: «Clases Sociales y aspiraciones vascas»; «Estilos de Vida e Investigación Social»; «Narcohábito en la segunda generación»

*John ROBERTS, Editor del Middle East Monitor. Corresponsal IPS-Europe; Edimburgo, Escocia

Obras recientes: «Lebanon, An area handbook»; «Visions and mirages: The Middle East in the 1990's»

*Pierre TABATONI, Profesor honorario de la Universidad Paris-Dauphine Presidente del Instituto Europeo de Educación y Políticas Sociales

Obras recientes: «L'identité des enseignements supérieurs et l'intégration européenne»; «Main issues in higher education, EC Studies». Coautor: «L'identité européenne: l'Europe de l'enseignement supérieur: vers une communauté des Universités»; «Quel Avenir pour l'enseignement supérieur dans la Communauté? Problématique»

*William WALLACE, Profesor Doctor, Walter F. Hallstein Senior Research Fellow del St. Antony's College, Oxford

Obras recientes: «The transformation of Western Europe»; «The dynamics of European integration»

*Yirmiyahu YOVEL, Profesor MA, PHD, Universidad Hebraica de Jerusalén, Presidente del Instituto Spinoza. Columnista Político

Obras recientes: «Spinoza and other heretics»; «Kant and the philosophy of history»

LA PROXIMA EUROPA

Indice de contenidos

LA PROXIMA EUROPA

Indice de contenidos

Introducción

¿Cómo inventar la Próxima Europa?

Capítulo I

Malestar en la Civilización Europea

- * ¿Malestar en la Sociedad y retorno a la Edad Media?
- * ¿Europa como proceso de civilización?
- * El papel del contexto socio-económico

Capítulo II

Un continente en busca de respuestas

- * El imperativo continental como objetivo global
- * La reintegración de Europa, un largo camino que recorrer
- * El continente europeo y sus vecinos del Sur y del Sureste
- * Geografía de la democracia para el 2020:
¿Disociar las agendas política y económica?

Capítulo III

Identities europeas e identidad europea: el nuevo conflicto europeo

- * Por una política de identidades
- * Pasiones de Identidad: un trasfondo filosófico

Capítulo IV

Europa 2020. El sistema democrático europeo, la nueva confederación y la sociedad civil

- * ¿Una nueva Confederación para la Europa del 2020?
- * Sociedad Cívica y Europa Política: De la Europa vivida a la Europa Concebida

Capítulo V

Educación para la ciudadanía

- * Educación, fragmentación cultural e integración europea
- * La educación para el cambio y la ciudadanía

Epílogo

Vivir juntos

INTRODUCCION

¿COMO INVENTAR LA PRÓXIMA EUROPA?

INTRODUCCION

¿COMO INVENTAR LA PRÓXIMA EUROPA?

Se levanta el telón sobre la escena europea. Alegría de los espectadores ante lo que, en principio, se interpreta como un happy end. Abrazos, felicitaciones, promesas... Y, de pronto, el escenario se ve invadido por hombres armados que vienen de otra era. Sin previo aviso.

En la parte que representa un jardín, aún reinan la paz y la prosperidad, en un concierto renegociado una y otra vez. Desde hace tiempo, se ejercita la polifonía en una serie de ensayos generales en torno a un texto que se modifica en cada reunión y cada vez se hace más difícil de recitar. Por supuesto, de vez en cuando se oyen voces disonantes o se emiten declaraciones poco agradables, pero la compañía continúa actuando: le ha tomado gusto a la cosa y no le sale nada mal. Incluso, al pasar de seis a doce actores, ha mejorado: nuevos acentos, de tono más cálido, han llegado del sur, del país de Cervantes y del de Camoens. Y también del extremo oeste y del norte: de los países de Joyce y de Hamlet, cuyo fantasma todavía se aparece en su castillo de Elsenor.

Pero en el patio, en otra esquina del mismo escenario, la barbarie actúa a rienda suelta, con ruido y furor: muertos, masacres y arbitrariedades de jefes tribales sin ley. Entre las dos escenas, irrumpen unos nuevos actores que, pacíficos, aspiran a unirse a la pequeña compañía de los doce que actúa en el jardín.

No se les puede guardar rencor a los Doce por haber permanecido tanto tiempo siendo tan pocos. Desde 1957, sólo representaban «un resto de Europa»: el que Stalin no había podido someter y el tío Sam y su director escénico,

Marshall, habían decidido patrocinar y proteger. Así pues, sólo ocupaban zona iluminada del escenario. La otra parte no era más que un teatro de sombras.

Los proyectores de la Historia iluminan ahora el escenario entero. La pequeña compañía de los Doce se sorprende al ver a los recién llegados; los que pelean en público y a quienes no se consigue separar sin violencia, y los que desean participar en la obra que se interpreta sin haber tenido tiempo para aprenderse el texto. Por otra parte, tampoco tienen con qué pagar la entrada. ¿Pero para qué decírselo? Los recién llegados tienen buena memoria y recuerdan que ellos también, en otro tiempo, estuvieron en escena. Lo rememoran tantas veces que, al final, la insistencia comienza a surtir efecto.

El escenario ahora se ha ampliado hasta adquirir las dimensiones de un continente. El número de espectadores se ha duplicado bruscamente —son cerca de 800 millones— y muchos de ellos querrían modificar el ritmo de la obra, demasiado lenta para su gusto. Otros quieren revisar el texto: están cansados de que sólo tengan papel, a su modo de ver, los técnicos profesionales de la política-espectáculo y de las negociaciones entre bastidores.

Además, el número de lenguas empleadas casi se ha duplicado también, pues acaban de nacer veinticinco Estados. Se solicitan encarecidamente traductores para que los actores portugueses y ucranianos, daneses y turcos, puedan tratar de entenderse e interpretar un papel en la obra común. Por lo que respecta al diálogo servo-croata, se busca con urgencia un mediador capaz de hacerse escuchar. ¿Cómo se puede componer una sinfonía en la torre de Babel?

A diferencia del teatro clásico, los actos de la obra no se interpretan uno a continuación del otro, sino simultáneamente. Resultado: cacofonía. Desconcierto entre los espectadores de una obra de la que aspiran, ellos también, a ser actores. ¿Cuál será el argumento? ¿Cuáles los escenarios? ¿Quién la escribirá?

En medio de esta confusión, sólo hay algo cierto. Cada uno de ellos querrá decir algo, porque todos deberán responder a una misma pregunta: ¿qué será la próxima Europa?

A modo de argumento

Se ha abierto un largo período paradójico de tensiones y dudas, de opciones y debates.

Desde luego, los europeos nunca habían hablado tanto. Se multiplican los referendos, los parlamentarios discuten en sus capitales y, a veces, en Estrasburgo; los diplomáticos intercambian puntos de vista; los dirigentes políticos se ponen de acuerdo; los empresarios hacen valer sus derechos; los expertos van de un coloquio a otro para comunicarse en inglés –nueva lingua franca, ahora que ya no se habla latín–; Praga es muy frecuentada, más que San Petersburgo o Viena.

Los medios de comunicación, para quienes toda crisis significa beneficios, lo siguen todo día a día sin apenas explicar las diferentes apuestas a opiniones cada vez más exigentes. Cada día, en grandes titulares de prensa, se anuncian destrucciones de empleo o transferencias hacia Asia o un país de la competencia en la misma Europa. Son más discretos en lo referente a los empleos creados y los éxitos. ¿Por qué?

Europa habla, pero las ideas nuevas son más bien escasas y cada uno, según su talento nacional, propone una nueva Europa que se parece mucho a la experiencia secular de su país de origen. La tranquilidad de los valores seguros. Aquí, se inclinan por una confederación de Estados respetuosa con las legítimas sensibilidades nacionales. Allá, se subrayan los méritos comprobados de una auténtica federación de Estados. Acullá, se prefieren las ventajas concretas de un supermercado abierto a los cuatro vientos. Más lejos, se aceptaría cualquier fórmula a condición de ser incluidos en ella. Y todos se hacen preguntas, ¿y si, a fin de cuentas, cada uno interpretara para sí su monólogo, con la ilusoria esperanza de conquistar un público vasto como el mundo entero? Todas las opciones parecen abiertas.

¿Constituye una sorpresa la dificultad de formular claramente un proyecto? El nuevo ya está ahí, pero no se sabe, porque el antiguo todavía domina la escena. La próxima Europa, sin embargo, se está gestando, igual que el futuro está ya actuando en el presente.

Titulemos la obra que hay que escribir, la pieza por imaginar: «La próxima Europa» (en inglés, *the next Europe*). Significa, por supuesto, la Europa del mañana, pero también la Europa «de al lado» –lado del patio– o incluso «la otra Europa»: la del Este, Rusia incluida, que durante mucho tiempo estuvo apartada de cualquier construcción libremente consentida.

El título abarca también «las sociedades próximas a Europa», con los valores y las palabras que se difunden por los márgenes y –por qué no– por un deslizamiento semántico que autoriza el inglés: *the european nexus*, la escena Europa

como nudo de interacción, de conexión y de difusión de modelos; en resumen, como lugar de encuentros, conforme a la vieja ambición universalista de los buenos autores.

La próxima Europa, en definitiva, es: «¿qué hay de nuevo?» dicho de otra forma, el texto por escribir. En términos más científicos, se trata de prospectiva, con sus proyecciones de futuro, sus trayectorias probables y los medios de conseguirlo o de evitar los tropiezos.

La prospectiva es un arte difícil, porque habla menos del futuro que de las percepciones del presente. Si se insiste de modo exclusivo —como generalmente se hace— en la ruptura política de 1989, nos privamos de los medios de pensar el futuro en función de un movimiento histórico de más larga duración. Quizá 1989 no sea un buen punto de partida para la obra que debemos escribir.

Después de todo, desde el inicio de la década de los 80, Londres y Washington han desplegado una auténtica revolución liberal, versión actualizada del juego económico definido dos siglos antes en Europa, pero luego propuesto al conjunto del mundo. El mundo soviético no habrá resistido la entrada del planeta en la era de las redes y de la comunicación sin fronteras y en tiempo real. Hasta a la vieja China le ha llegado la hora de adaptarse y, de nuevo, abrir los mostradores y las puertas de entrada de la modernidad económica, como lo hizo Japón después de 1868. La otra Europa, cada día mejor informada, tampoco ha escapado de este torbellino planetario que transgrede las fronteras aparentemente más estancas. Esto pone fin al orden instaurado en Yalta.

El paréntesis de la división Este-Oeste de Europa sólo ha durado cuarenta y cinco años. Es demasiado para los pueblos del Este. Y muy poco con respecto a la larga historia europea. No se puede, pues, reducir la reflexión a ese único proyecto: borrar el último medio siglo volviendo a poner en contacto el Este y el Oeste. Sería conveniente buscar las referencias un poco más lejos.

Para pensar y escribir la próxima Europa, también habría que recuperar, a través de los libros de historia, lo que Europa ha hecho desde hace varios siglos: sublimes culturas que escapan raudas de sus hogares de origen para difundirse ampliamente; lazos económicos que forjan dependencias mutuas entre ciudades, entre puertos, entre regiones; proyectos políticos, más aleatorios, siempre divididos entre la preocupación por el equilibrio de los poderes de los Estados y las tentaciones hegemónicas de un solo Estado. En cada nivel, los avances posibles hacia una mítica unidad.

Pero la unidad no es un fin en sí misma. En la era de las relaciones a escala mundial, sólo una pregunta tiene sentido: ¿de qué es capaz todavía, para el próximo mundo, la civilización europea?

Un denominador común de estas tendencias tácitas y pluriseculares: más allá de las regresiones, la afirmación siempre renovada de una aspiración a las libertades, individuales y colectivas. No hay creación científica o literaria sin libertad de creación; no hay economía en crecimiento sin intercambio de bienes y circulación de moneda; no hay democracia sin libertad de expresión y existencia de contrapoderes. La(s) libertad(es): matriz de la cultura europea.

Europa, que ha inventado el humanismo y la Ilustración, la democracia moderna y la ciencia mundial, que ha sabido, más de una vez, renovar sus sistemas de explicación del mundo, se define como un proceso permanente de civilización, con fases de progreso y fases de regresión. Lugar de diálogos y de encuentros, pero también de conflictos fratricidas y de rupturas. Una obra recomenzada una y otra vez, siempre imperfecta.

Proyectar la próxima Europa conlleva, pues, una cuestión de método.

Si se redacta una especulación utópica, que tiene el mérito de forzar la imaginación, pero que sólo tiene como criterio el simple deseo de un modelo ideal e ilusorio, el 2020, está demasiado lejos para sostener hipótesis creíbles. Si, por el contrario, se ponen los pies en el firme suelo de la situación presente para prolongar tendencias, el enfoque realista, tierra-tierra, corre el riesgo de desdeñar el sentido de los cambios históricos de larga duración y de impedir toda visión. Y la historia que se está haciendo es, por definición, lo que sorprende. Para superar este dilema entre la utopía y un realismo cerrado en sí mismo, es posible escoger la vía de un realismo inspirado o de una visión sometida a la prueba de la realidad.

¿Cómo es posible? Identificando algunas necesidades urgentes en la estructura profunda de la presente situación — necesidades que deberán hallar respuesta en el futuro— tratar de imaginar los parámetros de una respuesta, aunque sea parcial. Definiendo necesidades reales que afectan a los Estados, las naciones y los ciudadanos, el análisis se basa en el estado del mundo real para repartirlas mejor. Nada garantiza que se den respuestas, pero podemos estar seguros de que una presión hacia tal o cual forma de solución acompañará la vida política de la próxima Europa en el cuarto

de siglo que viene. Ésa es la opción adoptada para este ensayo: localizar ciertas cuestiones del presente a las que, necesariamente, habrá que dar respuesta en el futuro.

Las cuestiones en espera de nuevas respuestas parecen ser las siguientes:

1.- *¿Cómo salvaguardar y desarrollar el proceso de integración económica y de cooperación institucional entre Estados europeos, en vista de las experiencias recientes y de los riesgos que ya se anuncian?*

2.- *¿Cómo responder al nuevo imperativo continental? ¿con qué objetivos? ¿en qué fronteras? ¿según qué criterios?*

3.- *¿Cómo gestionar las pasiones de autoidentificación que hacen que sobre Europa pese de nuevo la amenaza de un proceso general de «descivilización»?*

4.- *¿Cómo concebir un proyecto político realista que, afirmando su identidad europea ante el mundo, lo sea también para sus ciudadanos?*

5.- *¿Cómo educar a los ciudadanos europeos para que asuman su identidad y los desafíos de una Europa más ampliamente integrada y más profundamente cívica con una mayor presencia en el mundo?*

Las respuestas que se proponen en el presente ensayo adquieren sentido en función de un argumento central que se enuncia del siguiente modo:

El proceso de civilización en que se basa Europa debe perdurar renovándose. En el territorio que ha liberado el fin de la guerra fría, el período actual ofrece una oportunidad histórica para construir una Europa que se mantenga civilizada, democrática y cooperativa, pero ampliándose al continente entero. En caso contrario, Europa podría sufrir, una vez más, el riesgo de una «descivilización» generalizada. El futuro del continente y de su relación con el mundo están en el corazón mismo del debate cívico que debe abrirse.

CAPÍTULO I

MALESTAR EN LA CIVILIZACION EUROPEA

CAPÍTULO I

MALESTAR EN LA CIVILIZACION EUROPEA

¿Cómo conservar y desarrollar los procesos de integración económica y de cooperación institucional entre Estados europeos en vista de las recientes experiencias y de los riesgos que ya se anuncian?

¿Malestar en la civilización y retorno a la Edad Media?

La conclusión que Sigmund Freud redactó en *Malestar en la civilización* en 1929 aclaraba el nefasto período que iba a iniciarse en Europa en los años 30: «La cuestión del futuro de la especie humana me parece que se plantea así: ¿sabrá el progreso, y en qué medida, dominar las perturbaciones aportadas a la vida en común por las pulsiones humanas de agresión y de autodestrucción? Desde ese punto de vista, quizá la época actual merezca una atención particular. Los hombres han llevado tan lejos el dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, que, con su ayuda, se les ha hecho fácil exterminarse mutuamente hasta el último de ellos. Lo saben bien, y ello explica buena parte de su presente agitación, de su infelicidad y de su angustia» (p. 107).

Dos tercios de siglo después, ¿dónde nos hallamos? Los europeos de finales del siglo XX ¿nos hemos librado de esta agitación, esta infelicidad y esta angustia?

Todo indica que parecidas inquietudes se abren paso, aunque hoy en día se enuncian de otros modos. Al acercarnos al año 2000, se expanden las visiones milenaristas, y no faltan autores que se refieren a una hipotética vuelta a la Edad

Media. Pero ¿a cuál? ¿A la de las incesantes guerras feudales o a la de un extraordinario renacimiento?

La realidad observada desde la primera crisis abierta en 1988 en el Cáucaso, en los confines de Europa, conduce a un desencanto generalizado acerca del porvenir del continente. Los síntomas de este desencanto son numerosos. El más evidente es el regreso de la guerra como medio para imponer una voluntad política en ciertas regiones de Europa y para trazar fronteras que coincidan con las líneas de frente. La apuesta siempre consiste en traslados forzados de poblaciones que creíamos unidas por una lengua o una historia común. Millones de refugiados que han perdido «el derecho a tener derechos» —como señalaba Anna Arendt— huyen por los caminos de Europa de las persecuciones y las guerras.

Los riesgos de «descivilización» son, pues, bien reales. La abrupta conclusión que se desprende es la siguiente: las conquistas adquiridas no son necesariamente irreversibles. Esta repentina conciencia de la precariedad de las relaciones entre los pueblos conduce a un auténtico «malestar en la civilización» europea. Rabiamos contra la impotencia, pero tememos hacer «la guerra a la guerra». Todo marcha como si los pueblos de Occidente pareciesen añorar los viejos tiempos de la confrontación Este-Oeste, que les ponía a resguardo de los dramas y las demandas del Este europeo. Los pueblos del Este ahora dicen estar decepcionados por la falta de generosidad occidental, con una dosis de injusticia. Creían soñar con Europa, pero, en el fondo, ¿no sería América con lo que soñaban?

También hay desconcierto entre las naciones de Occidente ante las incertidumbres de los pueblos del Este, que reactivan los problemas del siglo pasado y los formulan en términos nacionales, cuando la corriente de la época va hacia la integración llamada «postnacional». El retorno de lo particular en un continente volcado hacia lo universal.

El entorno político europeo se ha hecho menos controlable. Pero no es por ello cuestión de rehabilitar el equilibrio bipolar impuesto en Yalta ni de abandonar a su suerte a las periferias problemáticas. En una estrategia de *laisser-faire* que diese cancha a los alborotadores, los valores europeos perderían toda credibilidad. Por eso el esfuerzo de integración llevado a cabo desde los 50, con éxito, en Europa occidental, a costa de difíciles compromisos y por medio de una alianza entre Estados, mantiene más que nunca su valor. Sería muy imprudente pasar balance de pérdidas y ganancias y no ver en este esfuerzo más que una consecuencia coyuntural de la guerra fría.

De renunciar al objetivo de instaurar prácticas cooperativas, el continente se entregaría muy pronto a luchas de influencia,

al antiguo juego de los equilibrios de poder y a los riesgos de hegemonía. Por una parte, integración que reformular; por otra parte, desintegración que contener: las dos caras de una misma moneda. ¡He ahí la nueva contradicción europea!

Como subraya Pierre Hasner, «entramos en una nueva Edad Media que, para unos, es portadora de universalidad y de flexibilidad, de fecunda multiplicación de los modos de pertenencia y de fidelidad y, por lo tanto, de apertura y de tolerancia. Para otros, de guerras de religión, de bandas armadas, de mendigos y piratas, de anarquía y conflictos permanentes»

Permitir a los primeros extenderse sustituyendo la Europa tecnocrática por la Europa democrática; frenar a los segundos rechazando el dejar-hacer para oponerles las prácticas cooperativistas.

¿Europa como proceso de civilización?

Lejos de tener una identidad única, Europa está formada por la coexistencia de identidades particulares y diversas. Cada uno, a lo largo de su vida, se inscribe en espacios de diferentes tamaño y función. Algunos espacios se definen por territorios administrativos limitados por fronteras elaboradas. Pero muchas actividades individuales, sociales o económicas traspasan a menudo esos límites. La mayoría de la gente es «ciudadana» de diversos «territorios», con derechos y deberes diversos. La imagen de Europa como un marco donde se arbitran diferencias responde a una profunda aspiración. Esta dialéctica de lo particular y lo universal afecta a elementos esenciales para una Europa que pretende ser civilizada (cf. capítulos III y IV).

Un mundo compuesto de individuos y de grupos diferentes necesita reglas. En la tradición del Humanismo y de la Ilustración, se han de estudiar las medidas y los esfuerzos concretos que se requieren para proteger las diferencias y favorecer la regulación pacífica de los conflictos como etapas hacia una Europa civilizada. Todo progreso en lo que Norbert Elias ha llamado el «proceso de civilización» se sitúa, pues, en las antípodas de la ley de la jungla, es decir, del recurso a la fuerza o la busca del dominio en las relaciones internacionales.

A despecho del recurso a los comportamientos de fuerza en las relaciones internacionales, la historia reciente de Europa da testimonio de avances en la buena dirección. Pese a sus riesgos, los esfuerzos de integración europea-occidental representan una etapa superior en este proceso para

los Estados participantes y aún más: el papel de los procedimientos de gestión de los conflictos de intereses, exclusión de las amenazas militares, libre circulación de personas e ideas, búsqueda de intereses esenciales comunes. Este «derecho adquirido» comunitario representa una experiencia muy avanzada en el establecimiento de una alianza duradera entre Estados que se definen como partícipes de un «comunidad» con vocación de unión política.

La Unión europea tiene, a este respecto, un carácter a la vez inédito y ejemplar. Ejemplar porque Europa es el único continente que puede disponer un proyecto semejante, orientado a edificar un sistema geopolítico plurinacional y multi-Estados, autónomo, influyente a escala mundial, sin que sea de naturaleza imperial ni esté sometido a un Estado dominante. Se sostiene gracias a relaciones contractuales establecidas entre sus miembros. Por eso una mayoría de Estados europeos se ha fijado como objetivo estratégico la adhesión a esta comunidad.

Inédito porque, hasta 1945, ningún proyecto concreto de unión europea había sido efectivamente intentado sobre una base democrática. Ha hecho falta, para ello, una revolución mental, tendente a un cambio radical de las representaciones. La idea de la Europa unida viene del acta de algunos responsables esclarecidos después de la ruina del continente en 1945. La construcción europea no se hace posible hasta que los responsables políticos y culturales deciden renunciar a la *Feinbild*, a la imagen del enemigo y a un concepto demasiado antagonista de la nación. El agrupamiento voluntario de los Doce ha sido posible por una modificación de las representaciones mutuas. La pertenencia de los «padres fundadores» ya al movimiento demócrata cristiano, ya a las corrientes socialdemócratas cercanas a los sindicatos, ha provocado esta ruptura mental inicial que ha permitido la realización de una *Europabild*, de una imagen positiva de Europa.

Esta transformación también se ha producido, después de 1989, entre los pueblos europeos y se ve hoy en día cómo los más fieros adversarios de ayer se deciden a cooperar. El proceso de modificación de la imagen del Otro operado en la Europa occidental en los años 50, ahora se difunde hasta en Rusia.

Esta experiencia conserva, en un nuevo contexto geopolítico, todo su significado; es además la razón por la cual tantos Estados de Europa central, oriental y suroriental son candidatos a este club democrático.

Otras experiencias de Estados democráticos como Suiza, Suecia, Finlandia o Austria, apegados a la neutralidad, pueden

considerarse como ilustrativas del valor del arbitraje para la resolución de conflictos.

Para resumir, la integración europea occidental es una etapa importante en términos de proceso de civilización y de pacificación. Conformar una sólida base para el futuro, habida cuenta que se evitarán muchos tropiezos, especialmente en cuanto a la racionalización de las políticas frente a los nuevos desafíos políticos y económicos europeos y mundiales.

El papel del contexto socio-económico

A largo plazo, la integración europea comporta en sí misma potenciales factores de desintegración. En lugar de condenar los egoísmos nacionales, regionales y demás, sería más eficaz pensar en las condiciones socio-económicas susceptibles de hacer los comportamientos cooperativos más rentables que los contrarios, tanto en el marco de la Unión europea como en sus relaciones con la Europa central y oriental y el resto del mundo.

En el mismo género de ideas, una posible solución para las crisis abiertas no estriba en la simple condena de las conductas incivilizadas. Se ganaría, sin duda, reflexionando sobre la realización de las condiciones socioeconómicas que convirtieran las conductas civilizadas en las más atractivas. La condicionalidad y las medidas de incitación pueden contribuir a cambios de actitud.

No se puede, pues, separar el análisis de fenómenos de integración o de desintegración de una reflexión sobre el entorno socio-económico. Éste se compone de cuatro elementos principales. El primero es una visión del mundo, que se produce no sólo gracias a los jefes de Estado y de gobierno, sino también gracias a los ciudadanos que comparten la idea de que los objetivos comunes concretos y accesibles valen más que los egoísmos nacionales, regionales o étnicos. El segundo se refiere al respeto a las instituciones y las reglas existentes o nuevas. El tercero atañe al juego de mecanismos económicos, donde el *laissez faire* en la formación de precios e ingresos no puede verse compensada por una acción pública deliberada. Por último, la acción política es esencial para garantizar la eficacia de los tres elementos anteriores.

Una crisis económica puede provocar procesos de desintegración. Cambios en el equilibrio entre regiones, una caída de los ingresos y una crisis del empleo hacen resurgir

quejas y conflictos enterrados. Así, en el caso yugoslavo, el hundimiento de más de un 50 % de los ingresos privados en menos de una década ha pesado sobre el desencadenamiento de la crisis, tanto como las discrepancias étnico-políticas. Un empobrecimiento prolongado de las democracias occidentales conduciría a fuertes tensiones entre las regiones todavía prósperas tentadas por el separatismo y las regiones más pobres que exigen transferencias más importantes.

La desintegración es un factor tan importante en la Europa contemporánea como la integración. Un estancamiento de larga duración haría el tema de la autonomía regional muy atractivo como solución para salir de la crisis. Se observa en las antiguas federaciones de la Europa central y oriental, donde las motivaciones económicas han desempeñado un papel fundamental. La separación checoslovaca, ampliamente relacionada con la divergencia en las visiones del mundo y los intereses, es ahora citada como referencia en otros Estados, por ejemplo, en la federación belga. El tema de la Europa de las regiones, como modelo exclusivo de la integración europea, tropieza con el hecho de que son los Estados quienes han construido y quienes animan la Unión europea.

La perspectiva de regionalización parece atractiva porque responde a una necesidad de mayor autonomía, de democracia más local y menos centralizada, pero sus efectos concretos en términos de (des)civilización siguen por evaluar. El impulso hacia la autonomía es, en efecto, salvo raras excepciones, un hecho propio de las regiones europeas más prósperas y todavía no se sabe si sus estrategias producirán una Europa más solidaria o, por el contrario, más fragmentada, como se puede temer basándose en experiencias ya emprendidas. Una República de feudalidades puede ser el resultado, en la que el centralismo reprochado al poder central sería en realidad reproducido a escala regional, sin garantizar una proximidad mayor entre los ciudadanos y los gobernantes. Por otro lado, en más de la mitad de los Estados europeos, la noción de región es extraña a la tradición política nacional; en este asunto, vemos de nuevo el predominio de la diversidad de estructuras y se excluye el que a los europeos se les pueda imponer un modelo único. Y sin embargo, el Estado-nación, inmerso en los procesos de globalización y las necesidades de la co-soberanía y de la co-decisión, debe aceptar una redistribución de las competencias y una redefinición de sus funciones.

Por otro lado, la propia Unión europea puede verse afectada por las más recientes decisiones, que imponen políticas de

rigor con un impacto negativo sobre el empleo y el establecimiento de una moneda única. La moneda alemana es un factor esencial de la identidad alemana y el apego de los ciudadanos de la RFA a un DM sólido y fiable responde, de forma legítima, a la voluntad consciente de no volver a caer en las crisis del pasado. El logro de la reunificación alemana interesa al conjunto de europeos. Pero la puesta en práctica de una moneda dominante podría percibirse como un factor de desequilibrio y de desintegración en la Unión europea. Este dilema entre la europeización del DM y el establecimiento de una moneda dominante deberá zanjarse de manera cooperativa en el plano político mediante la soberanía compartida en el seno de un banco central europeo.

Otro riesgo, de carácter más político, pesa sobre la persecución de la integración: consiste en estimar que, con el fin de la confrontación Este-Oeste, ya no tiene razón de ser. Algunos piensan que Alemania, habiendo conseguido su objetivo de reunificación, ya no tendría necesidad de la construcción europea, dado que encontraría en sus vecinos orientales un territorio privilegiado de influencia política. Es cierto que el proceso de integración se desarrolló en un contexto geopolítico específico, definido por una Alemania dividida y, por tanto, debilitada; la existencia de una amenaza estratégica que incitaba a los Europeos a unir sus fuerzas; y con la aportación de la protección americana. En esta configuración, Francia y el Reino Unido tenían un papel privilegiado, la primera por el hecho de su autonomía de acción estratégica y diplomática; la segunda, en razón de su estrecha relación con Estados Unidos. A partir de ahora, el interés de Estados Unidos estará más nitidamente diversificado; desentendiéndose militarmente del teatro europeo, los americanos intentarán conservar los intereses económicos que siguen siendo esenciales para su estatus mundial. Alemania querrá legítimamente acceder a responsabilidades globales más firmes, especialmente en las Naciones Unidas.

La gestión de la seguridad y de la estabilidad se planteará en términos nuevos en el continente. Francia, que ya no será el centro «geográfico» de la nueva Europa, podría encontrar en ello causas para una mengua de confianza y un repliegue sobre sí misma. Un Reino Unido que ya no sería el intermediario obligado con una América menos presente se vería tentado por el escepticismo con respecto a una unificación continental. Alemania se interrogaría sobre los medios de asegurar por sí misma su seguridad en un continente de futuro incierto.

Una renacionalización de las políticas conduciría a los Estados europeos a recaer en los errores del pasado, como la

tentación del regreso a estrategias de equilibrio entre potencias, igual que en el siglo XIX. En un período de transición en que a veces se cree que todo debe ser reconsiderado y que todas las opciones son válidas, no se pueden excluir estos riesgos.

Dicho con otras palabras, el compromiso europeo de los Estados, con Alemania y Francia a la cabeza, implica que Europa, como construcción voluntaria y consciente, sea un proceso continuo.

Ello justifica ampliamente la búsqueda de la integración europea, al darle un contenido más sólido como alianza voluntaria de Estados preocupados por desplegar una política exterior y de seguridad común y comprometidos en la recomposición política y económica del continente. Lo cual supone que las inhibiciones sean superadas y que las diferentes visiones del mundo y mapas mentales de los principales Estados europeos responsables de la estabilidad del continente hallen la manera de conciliarse.

Por último, al contrario que ciertas orientaciones actuales que sostienen que el surgimiento de nuevas amenazas y la extensión de focos de inestabilidad justifican el desarrollo de programas de armamento, el esfuerzo iniciado en favor del desarme en un continente donde las armas son superabundantes, debe proseguir. Los conflictos abiertos se alimentan de la considerable disponibilidad de armamento y de la incertidumbre que pesa sobre el futuro de las fuerzas armadas de diversos países. En algunos países, las industrias de armamento constituyen uno de los pilares de la economía: es prioritaria la reconversión de estas industrias. Mientras el continente siga acumulando armas, difícilmente podremos atisbar la conservación o extensión de la paz. Hay que realizar un esfuerzo consciente, realista y constante de desarme para calmar la angustia que nutre el malestar de la civilización europea.

CAPITULO II

UN CONTINENTE EN BUSCA DE RESPUESTAS

CAPITULO II

UN CONTINENTE EN BUSCA DE RESPUESTAS

¿Cómo responder al imperativo continental? ¿con qué objetivos? ¿en qué fronteras? ¿según qué criterios?

El continente europeo está buscando respuestas, económicas y políticas, que sean más imaginativas que la simple dolarización de la economía de Europa Central y Oriental y la simple economía de mercado. Hay que inventar una nueva geografía de la democracia que tenga ambición continental.

El imperativo continental como objetivo global

Para el próximo cuarto de siglo, se impone un «imperativo continental». Es de evidente importancia cambiar de escala y considerar el continente europeo en su dimensión completa: del mar Blanco al mar Negro y del Atlántico a Rusia. Esta nueva dimensión es por sí misma una perspectiva a largo plazo.

No es la primera vez en la historia europea que se abren perspectivas continentales. Los episodios de difusión de las ciencias, las artes, las culturas, los sistemas económicos y los valores de la modernidad se han sucedido con más o menos acierto. La matriz cultural europea ofrece puntos de apoyo que alimentan por todas partes un «deseo de Europa». Y esta nueva tentativa podría, esta vez, adherirse a la experiencia de integración ya adquirida durante cuarenta años en Europa occidental, que se percibe como punto de referencia.

Pero no basta con que los sabios y los dirigentes clarividentes se comprometan en este proceso para que se realice; también hace falta que sea comprendido. Se deben propagar objetivos claros que los ciudadanos europeos puedan entender. Lo principal es ofrecer un concepto global de esta próxima Europa, una estrategia que articule la perspectiva de un progreso socio-económico con una seguridad acrecentada en el marco de una Europa más grande. La opinión pública, tanto de los países prósperos como de los demás, debe convencerse de que sus intereses materiales estarán más seguros en una arquitectura más integrada. Si esta visión del mundo no consigue sustituir a la visión del egotismo étnico, regional o cultural, será imposible cualquier progreso hacia una Europa más civilizada.

El segundo objetivo afecta a los aspectos institucionales. Las instituciones no se reducen a las burocracias que redactan informes debatidos en comités. Tienen la función de configurar comportamientos, establecer y mantener normas sociales. La imagen un poco negativa que la Comunidad Europea se ha creado a los ojos de las opiniones públicas ha ocultado el inmenso trabajo de elaboración de un derecho europeo que ha transformado las relaciones entre los Estados miembros. La reforma, la extensión y el refuerzo de las instituciones europeas es, pues, fundamental para promover las relaciones civilizadas en Europa.

Como se ha recordado en el capítulo anterior, el desarrollo económico tiene un efecto decisivo sobre las expectativas, las esperanzas y los miedos de cada uno. Una Europa próspera y competitiva no puede, ciertamente, prescindir de los principios de la economía de mercado. Pero el coste de las mutaciones y de la transición sólo será aceptado por las opiniones públicas si se emprenden políticas sociales activas. El mercado por sí mismo no tiene respuesta para todo. Un coste social demasiado elevado conduciría a reacciones políticas que frenarían la transición. No se fundará una Europa más civilizada sobre un paro creciente y un agudizado desfase entre el nivel de bienestar de los diferentes grupos sociales.

Por fin, en una Europa mayor, los ciudadanos deben estar seguros de que las instituciones en las que quieren participar garantizan efectivamente la protección y el estatuto de sus derechos individuales y las prácticas democráticas a todos los niveles.

El compromiso de alcanzar tales objetivos constituye criterios para extender al conjunto del continente las prácticas institucionales y políticas que lo han probado desde hace cuarenta años.

Si se obtiene un consenso sobre el objetivo de realizar un orden democrático, estable, duradero y próspero en una Europa más grande, las políticas a corto plazo tendrán que situarse en esta perspectiva de conjunto. Las políticas económicas en Europa occidental, la búsqueda de la integración monetaria y de la competitividad internacional, no pueden desplegarse ignorando lo que a veces se describe como las periferias orientales y meridionales. La construcción de una política exterior y de seguridad comunes depende de estrategias económicas y de políticas concertadas en dirección Este y Sur.

Las diferentes experiencias de Europa después de la primera guerra mundial y de Europa occidental después de 1945, demuestran que una gestión generosa por parte de Europa occidental es sinónimo de un interés bien entendido. La recesión de los años 20 favoreció la derivación hacia el autoritarismo y las tensiones internacionales. La ayuda americana a la reconstrucción de Europa occidental después de 1945, que iba acompañada de condiciones de cooperación entre los Estados beneficiarios, sentó las bases del período más largo de crecimiento económico de la historia europea moderna, consolidando las democracias y favoreciendo la edificación de la Comunidad Europea. Un programa europeo occidental de ayuda a los Estados que surgen del antiguo bloque socialista, sobre el modelo del plan Marshall, ayudaría a estabilizar gobiernos democráticos, a acelerar la transición y a extender los mercados a las dimensiones del continente, para beneficio mutuo.

Estados Unidos había incluido en el plan Marshall condiciones políticas y económicas. Una ayuda condicional semejante favorecería la conducción de las reformas. La ayuda debe ser proporcional al compromiso de los nuevos gobiernos en las reformas políticas y económicas. Inversamente, los gobiernos no democráticos y que recurren a las armas de guerra, deben ser sancionados.

Para que una estrategia así resulte eficaz, se imponen dos condiciones previas: por una parte, que la suma de transferencias financieras sea lo bastante importante como para tener un impacto real sobre los Estados que las reciben; por otra parte, que las políticas económicas y monetarias de los Estados occidentales sean concebidas para asegurar un desarrollo durable a lo largo del continente, más que para responder únicamente a sus objetivos nacionales.

El compromiso de transferir a los Estados ya beneficiarios de los acuerdos de asociación sumas comparables a las que

se entregan a Irlanda, Portugal o Grecia, transformaría las perspectivas económicas de estos Estados, por medio de inversiones, de asistencia técnica y de soporte presupuestario. Las grandes transferencias, equivalentes a las que se realizan en el marco de los programas de cohesión en la Comunidad Europea, ayudarían a estabilizar el continente. El reintegro por inversión para los Estados donantes compensaría los esfuerzos adicionales provistos, como ya sucedió con Estados Unidos después de 1945.

Igualmente, debería lanzarse una gran emisión de deuda pública europea para financiar las infraestructuras que permitan una reconexión continental, haciendo prevalecer el interés político a largo plazo sobre los simples criterios de ortodoxia financiera.

La reconstrucción económica contribuirá a estabilizar el antiguo bloque socialista. Pero el retorno de las tensiones nacionalistas indica que una ayuda económica condicional puede no bastar para garantizar la paz. Los Estados emergentes están inquietos por su seguridad e intentan unirse a la OTAN o a la UEO.

Durante cerca de medio siglo, la seguridad en Europa estuvo asegurada por las dos superpotencias: una alianza voluntaria de Estados democráticos hacia frente a la alianza no voluntaria de los Estados del Este. Ahora, las tropas rusas han abandonado Europa central, aunque siguen estacionadas en la mayor parte de los países situados entre Rusia y las antiguas fronteras soviéticas. Los Estados de Europa occidental y central no están seguros de que las tropas americanas vayan a seguir en Europa durante los próximos quince o veinte años. Desde 1990, 200.000 soldados han abandonado ya el antiguo teatro centroeuropeo. La lógica del mantenimiento de un contingente significativo será cuestionada en el Congreso americano. Por este motivo, los gobiernos europeos, a través de sus instituciones, deben prepararse para asumir las crecientes responsabilidades en materia de defensa y de seguridad, lo que también es una condición para el mantenimiento de la asociación con Estados Unidos.

Los marcos institucionales tienen la función de ayudar a limitar los conflictos y a contenerlos. Evidentemente, los gobiernos europeos han fracasado en impedir la explosión de Yugoslavia, pero la existencia de instituciones comunes ha prevenido las divergencias entre ellos y ha contribuido a contener las tensiones en el interior de la antigua federación. Una integración más estrecha de la Alemania unificada con sus vecinos, especialmente las dos potencias militares

tradicionales, Francia y el Reino Unido, ofrecería una tranquilidad recíproca al conjunto de Europa.

Incluir a los Estados de Europa central ya asociados a la Comunidad en la arquitectura institucional de la Unión Política Europea tan rápido como sea posible les ofrecería garantías políticas y militares comparables a las que la Comunidad ha proporcionado a España, Portugal y Grecia a la salida de sus respectivas dictaduras. Una reducción de la producción de armamento y de la envergadura de las fuerzas armadas en Europa acompañaría el progreso hacia la integración militar y la seguridad común. La existencia de lazos más estrechos entre las fuerzas armadas, incluyendo intercambios de personal y ejercicios conjuntos, colaboraría al establecimiento de una confianza mutua; podrían extenderse más allá de Europa central para concernir a las fuerzas armadas de Rusia y otros Estados.

Los Estados miembros de la Unión Europea requieren una estrategia explícita para la ampliación. ¿Es preciso seguir considerando que la entrada en el «club» implica ser capaz de respetar todas las condiciones económicas y políticas? ¿Conviene adaptar las instituciones existentes a la nueva situación? ¿No resulta necesario disociar la integración económica y monetaria, que exigirá tiempo, de la integración política, que sitúa a todos los Estados en un plano de igualdad y que podría ser más rápida para los Estados plenamente democráticos?

Esta última opción, raramente invocada, tiene, sin embargo, la virtud de ser realista y permite no esperar un lento acercamiento de las condiciones económicas para sentar las bases de una política común de escala continental. Lo realista es prever una Unión Política Europea ampliada antes del final del siglo, completada con un calendario más preciso de asociación económica y monetaria. En su defecto, el desencanto podría ganar a los ciudadanos de la otra mitad de Europa y el continente se quedaría sin arquitectura de conjunto (cf. capítulo IV).

El continente europeo y sus vecinos del Sur y del Sureste

Una reintegración de Europa, concebida y conducida sin atención al resto del mundo, conllevaría nuevos riesgos.

Los Estados de las orillas sur y este del Mediterráneo forman parte de un espacio económico europeo desplegado de Casablanca a Estambul, pasando por Argel, El Cairo, Jeru-

salén y Gaza-Jericó. Todos estos Estados, incluido el Oriente Próximo en proceso de cambio, tienen a la Unión europea como primer socio comercial y financiero. Las relaciones son cada vez más estrechas y complejas (migraciones, flujo financiero, mediaciones diplomáticas, presencia de minorías y de comunidades procedentes de las riberas sur y este) y se irán profundizando al ritmo de las transformaciones positivas en curso en Oriente Próximo o de futuras rupturas políticas.

Existe también un interés por parte de Europa por favorecer las transiciones democráticas, el desarrollo económico y la regulación de conflictos a menudo más antiguos que la guerra fría y que han sobrevivido a su fin. Se necesita un enfoque europeo común, pues una división del trabajo entre los Estados —unos implicados con el sur, otros, con el este, de forma exclusiva— conduciría a nuevas diferencias de intereses.

Pero, igual que ya no se puede hablar del Este como de una entidad uniforme, conviene tomar conciencia de la creciente diversidad de las situaciones en torno al Mediterráneo.

El final de la guerra fría tiene y tendrá consecuencias contradictorias sobre las situaciones geopolíticas alrededor del Mediterráneo.

En Oriente Próximo se han registrado, desde 1993, avances positivos que abren oportunidades para encontrar soluciones duraderas al más antiguo conflicto de la última mitad del siglo. Han tenido lugar negociaciones directas, sin mediación de las potencias, entre israelíes y palestinos. Este avance muestra que un conflicto existencial puede, no obstante, desembocar en algo distinto de una confrontación permanente.

El esquema de regulación manifiesta también una división del trabajo entre Estados Unidos, que sigue proporcionando garantías de seguridad, y la CEE, que se ha comprometido en un importante programa de ayuda a la región, consciente de que la asistencia económica y administrativa es un factor estratégico para el éxito del proceso de pacificación.

Al hacer esto, Oriente Próximo puede, a su vez, participar en el área económica europea ampliada y no seguir apartado del flujo de financiaciones públicas y de inversiones privadas.

De este modo, seguirán las evoluciones de Estados como Turquía, Marruecos o Túnez, que se han comprometido en programas de crecimiento económico basado en el desarrollo interior y en la exportación a los mercados europeos.

Pero otros Estados han entrado en un período de crisis duraderas cuya salida está lejos de verse con claridad. El caso de Argelia es ejemplar en cuanto al conflicto interno entre dos corrientes políticas, una de modernidad republicana, que ha fracasado en su intento de iniciar un desarrollo social duradero, y otra de utopía teocrática, que obtiene tanta más audiencia cuanto que no gobierna. La guerra civil cada vez menos larvada que se desarrolla en este país del Magreb ¿hará de Argelia en los años 90 una réplica del Irán de los 80, con todas las consecuencias para el Magreb, el Machreck (sobre todo Egipto) y las dos riberas del Mediterráneo occidental? Varios países de la orilla sur del Mediterráneo se caracterizan por un hundimiento del Estado y el fracaso social de los proyectos de modernización. El relevo por fuerzas políticas que sitúan sus esperanzas en un gobierno teocrático desembocará en oposiciones, si no en confrontaciones, con un Occidente europeo percibido como foco de modernización antagonista.

El hundimiento de la Unión Soviética ha aumentado la dependencia del Próximo y del Medio Oriente de los mercados europeos. La Unión Europea ya se ha comprometido en un vasto programa de transferencias financieras en dirección a la entidad palestina e Israel para contribuir al indispensable éxito de la delicada mutación en curso. También ésa es una obra de larga duración. Igualmente, el futuro de Argelia y de Egipto afecta muy directamente a la seguridad de la próxima Europa. Algunos quizá consideren que una amenaza venida del «sur» podría reemplazar a la antigua amenaza soviética. Un enfoque semejante debe ser sustituido por una insistente actividad de ayuda a la transformación del contexto socio-económico en favor de sociedades más abiertas.

Parece que las opiniones públicas europeas son más conscientes de los costes de la construcción de una Europa ampliada que de sus eventuales ventajas. Una subida de los impuestos, la necesaria extensión de las garantías de seguridad —que puede implicar la intervención de las fuerzas armadas—, las obligaciones más inmediatas derivadas de la apertura de los mercados en la agricultura y ciertas industrias europeas occidentales son más evidentes que las ventajas a largo plazo.

Sin embargo, es indispensable que los dirigentes políticos de las democracias occidentales tengan la valentía de convencer a sus electores de la necesidad de cambios y sacrificios, para evitar que el día de mañana se instaure una relación desequilibrada y portadora de tensiones entre ricos y pobres, es decir, entre amos y sirvientes, entre centro y periferia.

La reintegración de Europa en todos sus componentes geográficos no es una tarea fácil. Exigirá sacrificios económicos y financieros, ajustes institucionales y políticos y no se obtendrá por medio de una serie de decisiones parciales. La próxima Europa no puede alcanzarse sin definir un objetivo claro y a largo plazo y sin trabajar sin interrupción para lograrlo. Esto supone que los responsables políticos deben tener el valor y la lucidez de obrar con vistas al largo plazo y al bien colectivo.

Para convencer a las opiniones públicas de la urgencia de un esfuerzo colectivo y sostenido de ayuda a los Estados del antiguo Este y del Sur, se debería idear una campaña informativa de gran amplitud, equivalente a la que se organizó en los años 60, después de la descolonización, en favor de la ayuda a los Estados del Tercer Mundo. Pero sólo obtendrá un eco positivo si, paralelamente, se difunden y son objeto de amplios debates públicos unos objetivos claros de reintegración continental sobre una base democrática y cooperativa (cf. capítulo IV).

Geografía de la democracia para el 2020: ¿disociar las agendas política y económica?

Si se admiten los principios generales antes descritos para una reintegración del continente, queda por definir el marco geográfico y temporal y la significación política.

Aquello que ha sido adquirido desde hace cuarenta años por un pequeño número de Estados agrupados en la Comunidad sigue siendo válido en sus intenciones, principios y conquistas, y debe servir de base a la ampliación del área de integración.

En efecto, la palabra «Europa» señala en el tratado de Roma (artículo 237), al igual que en el tratado de Maastricht, un criterio de admisión a la Unión Europea y, en consecuencia, establece una amplia apertura: «todo Estado europeo puede convertirse en miembro». Pero el término «europeo» no está definido oficialmente. El informe sobre la ampliación de los Doce preparado por la comisión de Bruselas para el Consejo Europeo de Lisboa (junio de 1992) indica: «el término combina elementos geográficos, históricos y culturales que, juntos, contribuyen a la identidad europea. Su experiencia compartida de proximidad, de ideas, de valores y de interacción histórica no puede condensarse en una simple fórmula y queda sujeta a revisión en cada sucesiva generación».

La Comisión estimó que no es «ni posible ni oportuno establecer ahora las fronteras de la Unión Europea, cuyos contornos se construirán con el paso del tiempo».

A fin de cuentas, en un sentido de estrategia voluntaria, Europa es el encuentro de un espacio y un proyecto. Son sus miembros quienes participan en el proyecto. De hecho, son teóricamente posibles varias versiones de la Europa integrada.

Una configuración limitada a los Estados europeos de la OCDE no permitiría superar la frontera de prosperidad entre el Oeste y el antiguo Este y correría el riesgo de reducir a las periferias a una situación de tipo colonial.

Ocurriría lo mismo con una Unión Europea reforzada y ampliada al AELE, pero que tuviera como única preocupación su propia integración. Los desequilibrios agudizados con el resto de Europa, convertido en una vasta periferia, saldrían a la luz y la Unión Europea sería incapaz de asumir sus responsabilidades sobre el continente.

Un dispositivo que se ampliase, hacia el año 2020, únicamente a los Estados de la Europa del centro-este coincidiría de modo demasiado sorprendente con la Cristiandad occidental, y el mundo ortodoxo europeo lo vería como un intento de exclusión causante de frustraciones y conflictos. Esta situación, sin embargo, es probable si se considera que lo esencial del esfuerzo de ayuda occidental sólo ha recaído sobre los Estados del centro-este, los más próximos en términos geográficos y culturales. Esta es una etapa obligada, pero no debe limitar la estrategia europea, a riesgo de provocar nuevas líneas de fractura en los confines de las dos partes de Europa.

Al mismo tiempo, no es razonable ofrecer una arquitectura de integración que excluya de entrada a Rusia y a los nuevos Estados situados entre el mar Báltico y el mar Negro. No se puede imaginar válidamente el próximo cuarto de siglo sin que se desarrollen conexiones estables con Rusia.

Pero tampoco es realista querer crear un ámbito económico completamente abierto que, al englobar a Rusia, se convertiría únicamente en una zona de libre intercambio, con el peligro de desnaturalizar el proyecto político europeo. La importación de numerosos problemas políticos no resueltos y de focos de inestabilidad reduciría, inevitablemente, la capacidad de acción común.

Es, pues, importante formular una visión a largo plazo, en la que la Unión europea consolidada en el plano político

y monetario funcione como motor y se muestre más solidaria con su entorno inmediato, según una serie de círculos concéntricos que implican diversos niveles de integración económica: inclusión en un mercado único para el primer círculo; acuerdos de asociación y unión aduanera más allá (de Marruecos a Rusia).

Se deberá abrir un debate sobre los lazos que convendría establecer entre la integración económica y la unión política. Está claro que la transición económica es un proceso de larga duración. Sucede lo mismo con la democratización, que no se reduce a la celebración de elecciones; incluye también la creación de cuerpos intermedios y de estrategias sociales favorecedoras del papel de las colectividades locales, las asociaciones y los sindicatos democráticos.

Desde el momento en que un Estado es democrático, es decir, que los derechos humanos, valor europeo fundamental, son efectiva y duraderamente respetados (libertad de prensa, respeto a las minorías, importancia reconocida de los cuerpos intermedios), tiene fundamentos para desear participar en una arquitectura política continental, en total igualdad de derechos y deberes, como socios a partes iguales. Se le puede llamar «confederación de Estados democráticos europeos» o bien «unión política europea ampliada», que formaría un «sistema político europeo». Aparte de su función de concertación política, tendría que tratar la seguridad y la política exterior comunes. Este proyecto sería de tal naturaleza que ofrecería la auténtica perspectiva política que, de momento, se echa en falta.

Dado que el criterio principal no es el grado de convergencia económica —largo proceso—, sino el grado de consolidación democrática, la adhesión a un arquitectura política tal puede resultar rápida. Dotaría de un contenido inmediato a la política exterior y de seguridad común prevista en el tratado internacional de Maastricht.

Esta opción democrática se enuncia como una exigencia política. No se reduce, pues, al juego de la interacción entre los Estados. A largo plazo, la Europa democrática no puede tener influencia sobre otros países a menos que acepten las mismas reglas. Frente a los perturbadores, que se niegan a toda integración, la Europa democrática está desarmada, puesto que rechaza las intervenciones de fuerza para contrarrestar el empleo de la fuerza. Ahora bien, las perturbaciones proceden casi siempre de la exacerbación de pasiones de identidad. El dejar hacer que resulta de la no intervención es el medio de propagación de la descivilización.

No se puede, en consecuencia, seguir reflexionando sobre la futura arquitectura europea sin tomarse tiempo para dos meditaciones: la que se refiere a la inquietud filosófica ante las nuevas pasiones de identidad, y la que se pregunta acerca de las condiciones del surgimiento de una sociedad cívica y de un sistema democrático en Europa.

Ambas meditaciones son el objeto de los dos próximos capítulos.

CAPITULO III

IDENTIDADES EUROPEAS E IDENTIDAD EUROPEA: EL NUEVO CONFLICTO EUROPEO

CAPITULO III

IDENTIDADES EUROPEAS E IDENTIDAD EUROPEA: EL NUEVO CONFLICTO EUROPEO

¿Cómo manejar estas pasiones de identidad que obligan a sopesar de nuevo el riesgo de un proceso general de «descivilización» en Europa?

Por una política de identidades

Desde el hundimiento de la Unión Soviética, una nueva confrontación mayor se ha apoderado de la escena política europea. En lugar del viejo conflicto entre comunismo y capitalismo, hoy en día somos testigos de un conflicto entre un renacer del nacionalismo y del micronacionalismo por una parte y la tendencia hacia una Europa supranacional, por otra. Es este nuevo conflicto el que, parece ser, va a determinar la forma de la próxima Europa. ¿Qué tendencia ganará?

El nuevo conflicto reaviva la vieja rivalidad entre particularismo y universalismo en el suelo europeo. Actualmente, es urgente encontrar una nueva forma de articulación entre estas dos tendencias, de manera que las necesidades de identidad — y las conciencias históricas— de la gente puedan ser parcialmente satisfechas en el marco de una comunidad supranacional flexible.

Cuando se derrumbó el imperio soviético, el proceso de unificación de la Europa occidental parecía presentarse como un polo de atracción poderoso para las nuevas repúblicas. La Europa occidental era un modelo de prosperidad y gozaba de medio siglo de estabilidad militar y política. Sin embargo, pronto se ha comprobado que las pasiones identificatorias procedentes de la Europa central y oriental representaban

también una tentación para Occidente. La unificación alemana fue motivada en principio por sentimientos de identidad. Pero ese proceso pacífico de unificación ha abierto camino a otros procesos equivalentes en los objetivos, pero no en los medios. Los impedimentos económicos resultantes de una unificación han pesado sobre el SME y han complicado la realización de los objetivos del tratado de Maastricht.

La tendencia neonacionalista se nutre de potentes pasiones de identidad. Los grupos étnicos en Europa central y oriental, a veces también divididos por la religión, han estado reprimidos mucho tiempo. Ahora se afirman con una fuerza renovada, sin encontrar satisfacción plena en las autonomías culturales, y exigen también una expresión política, normalmente en forma de Estado soberano independiente. Surgen nuevos Estados nacionales, a veces del tamaño de Ucrania, a veces patéticamente pequeños. El nacionalismo étnico a menudo se degrada en micronacionalismos que amenazan la unidad europea y crean un potencial de violencia y de guerra. El enmarañado dédalo de las minorías complica el problema. El resurgir religioso, a veces entusiasta y fanático, hace la situación potencialmente aún más explosiva.

La tragedia yugoslava se explica en parte por la explosión de las pasiones de identidad, étnicas y religiosas, que durante mucho tiempo han estado contenidas por un centro represivo, y que exigen ahora una expresión política en forma de Estados separados, cuya autoafirmación desemboca rápidamente en el rechazo y la negación del otro.

Pese a su connotación decimonónica, estos problemas reaparecen en la actualidad en un nuevo y diferente contexto; ninguna teoría anterior ni ninguna experiencia práctica parecen adecuadas.

La nueva ola de las pasiones de identidad ha resurgido en Europa a raíz de un siglo de fracasos en los intentos de resolver estos problemas por la fuerza y la represión. Entre tanto, dos guerras mundiales han dado prueba de la capacidad de convulsión de las pasiones de identidad y del ultranacionalismo, especialmente cuando se han valido de tecnologías y capacidad de organización modernas. La imperiosa necesidad de contener estas fuerzas mediante principios e instituciones universalistas es evidente.

Tras cuatro décadas de esfuerzo inestable pero persistente hacia la unificación europea, el movimiento se ha ralentizado bajo el efecto de una recesión económica cíclica, agravada por elevado coste de la reunificación alemana. La renovación del nacionalismo en Alemania, en Francia y en el Reino Unido también es producto de las presiones relacionadas con la

inmigración exterior, los efectos del drama yugoslavo y las tensiones más o menos abiertas en el antiguo imperio soviético.

Otra razón, quizá más importante, de la crisis de la unificación europea, parece residir en el carácter demasiado centralizado de sus objetivos últimos y de sus prácticas habituales.

Tal vez la presente crisis de la unificación europea sólo sea temporal. Podrá resolverse cuando la economía se enderece; entonces podrán aplicarse algunos elementos del tratado de Maastrich, moneda única inclusive. Sin embargo, ya parece claro que el proceso no puede seguir el antiguo modelo de una federación europea. Una nueva fórmula política, más flexible y más compleja, comienza a imponerse. Su razón de ser sería conjugar de manera civilizada unidad y diversidad. En resumen: se trata de pensar una nueva política de identidades.

Aunque la continuación de este ensayo trate, sobre todo, de la identidad, también debemos prestar atención a la filosofía y a la psicología, que pueden ayudar a comprender lo que puede pasar o dejar de pasar en la política de la identidad. Algunos piensan que la filosofía es abstracta y distante de la realidad. Sin embargo, hay casos en que se necesita ser filósofo para ser realista.

Pasiones de identidad: un trasfondo filosófico

a). Identidad y sentido

Si consideramos al ser humano desde el punto de vista religioso o laico, observamos una carencia fundamental, una búsqueda o deseo inherente al ser. En cierto sentido, no solamente tenemos deseos, sino que somos deseo, existimos en tanto que inclinación, como tendencia hacia algo que necesitamos o que nos falta, hacia una parte de nuestro ser que está ausente. ¿Qué es? O, por hacer la pregunta más general: si los hombres existen en tanto que deseo, ¿qué desean?

Las respuestas a esta pregunta varían. Muchos dicen que deseamos vivir, es decir, sobrevivir en la existencia. Otros opinan que deseamos la felicidad. Y hay quienes, con una tendencia más religiosa que filosófica, llaman a nuestro fin beatitud o intemporalidad.

Una respuesta más general consiste en decir que aspiramos a un sentido, a algo que pueda elevar nuestras vidas más

allá de la simple existencia (y también por encima de la felicidad ordinaria) y dotarla de significado. El sentido es un concepto amplio, que se acomoda de diversas formas, religiosas y laicas, racionalistas y románticas, públicas (colectivas) y privadas, etc. Es preciso distinguir todas estas variedades del objetivo de la pura y simple supervivencia —de, simplemente, ser— y, en la mayor parte de los casos, también de la finalidad de la dicha. La dicha en sentido habitual (hedonista o utilitarista) de una gratificación de nuestras necesidades y deseos, es la realización de la vida elemental y directa; como tal, la felicidad puede considerarse como el producto de la lucha por sobrevivir. La felicidad, en este sentido, es simple existencia sin falla, libre de toda necesidad, exenta de sufrimiento. Como tal, no trasciende la vida, sino que la reafirma intensamente en calidad de fase más completa. Al alcanzar esta fase, la vida no se supera hacia una significación más elevada, sino que, más bien, se reconfirma ella misma intensivamente como simplemente dada.

Subyaciendo a los objetivos de supervivencia, de felicidad y de sentido (y también de salvación y de intemporalidad), podemos distinguir una búsqueda común: la lucha de los seres finitos por superar su finitud. El deseo de supervivencia intenta superar o rechazar la muerte. La persecución de la felicidad lucha por superar una vida de carencia y de necesidades, es decir, de sufrimiento. Y la muerte y el sufrimiento son las formas básicas de la finitud humana. En lo que concierne a la búsqueda de sentido, se considera que sobrepasa otra forma de finitud: el hecho de la simple existencia. La existencia como tal es ininteligible y contingente y está apegada al efímero aquí y ahora. Al concederle un significado más amplio a la existencia, superamos el potencial vacío que amenaza nuestras vidas y trascendemos su simple ser dado hacia un sentido, un valor cualquiera.

Es, quizá, la forma más fundamental en la que los humanos se empeñan en sobrepasar su finitud. Extirpándonos del insignificante aquí y ahora, del pavoroso sinsentido de la simple existencia y su autosatisfacción en el simple placer, intentamos hacer la existencia inteligible y tranquilizadora al ligarla a un sentido, a una finalidad, a un relato o a un valor que, a la vez, trasciende nuestra vida y se supone que la redime.

Los elementos que confieren sentido a la vida suelen ser aquéllos gracias a los cuales el individuo se siente en su casa o encuentra una extensión u objetivización adecuada de sí mismo. Estos elementos a menudo se extraen de las señas de identidad de un cierto grupo, de una tradición,

de una religión, etc. ... o de intereses particulares de la persona, de su familia, de sus ocupaciones, o de sus sueños. A pesar del aspecto particularista de estos elementos, casi siempre tienden hacia la universalidad y pretenden haberla alcanzado. La gente siente que trascender sus simples vidas presupone conseguir un valor más amplio, más universal, por más que a menudo (como en el nacionalismo) en realidad se atengan a un valor particularista que, erróneamente, estiman universal.

Debemos subrayar que el campo del sentido de la vida aceptará cualquier tipo de significado y cualquier identidad construida sobre él. En otras palabras, el sentido por el que los humanos trascienden sus vidas no es necesariamente moral. El mundo está lleno de falsos ideales fanáticos que las personas consideran buenos y que dan sentido y valor a sus vidas. En consecuencia, si la búsqueda del sentido es una característica específicamente humana, debemos llegar a la conclusión de que lo que nos hace humanos no es necesariamente lo que nos hace morales. Nos humanizamos proyectando un cierto valor o significado en y más allá de la simple vida, pero eso, en sí, no nos hace buenos o morales. Sólo nos hace humanos.

b). La identidad como anclaje metafísico

El sentido de identidad produce un efecto tranquilizador y estabilizador en la existencia de las personas. Es gracias a una identidad más amplia, nacional, histórica, profesional, etc., como los hombres se sienten ligados al Ser. La identidad sirve de anclaje metafísico, que nos instala en la realidad vistiendo nuestra desnuda existencia con atributos específicos. No somos sólo criaturas contingentes; tenemos (o parece que tenemos) una definición, un puesto; poseemos un tejido de relaciones con el mundo, la historia, los otros: somos alguien, con señas concretas y anclajes en el Ser. En este sentido, la pulsión de identidad responde a una necesidad estática: la necesidad de fijar y estabilizar nuestra existencia (y, a veces, también de ocultarnos su naturaleza contingente y problemática).

Sin embargo, ninguna «identidad» puede capturar eficazmente nuestra existencia ni resumirla. Siempre somos más que el conjunto de atributos dados o supuestos. Bajo toda identidad, hay un impulso que se supera a sí mismo, que mina su carácter compacto y la vuelve incompleta (véase más adelante) y nos abre nuevos horizontes y posibilidades (que también son incompletos). Hay una tensión entre las dos caras de la identidad: el lado estático y el lado dinámico; el que estabiliza la existencia y el que empuja la vida hacia

adelante. En las sociedades tradicionales, este último domina, mientras que en las sociedades urbanas móviles, tecnológicas, el primero es fundamental. De ahí un sentido de «desarraigo» que caracteriza estas sociedades y una búsqueda de «raíces» a menudo superficiales, pero a veces serias.

c). Identidad y espiritualidad

Para muchos, la identidad de grupo expresa la espiritualidad o le sirve de sustituto. La mayoría de la gente se sentiría insatisfecha si su vida tuviera que llenarse simplemente de asuntos ordinarios, pragmáticos o cotidianos. Al buscar algo más «espiritual», suelen utilizar su identidad de grupo, por la cual se sienten unidos, educados, e incluso consagrados a algo más grande que ellos mismos. Es lo que filósofos como Hegel llamaban el «universal». El universal dota a las personas de una especie de espiritualidad y de una forma de trascender, incluso de sacrificarse. Pero surge una paradoja dialéctica. Porque la universalidad está ligada a una nación específica, a una religión, etc. : a tal o tal grupo de identidad en tanto que distinto o incluso en oposición a otro. En realidad, se trata de una especie de particularidad, que fácilmente puede degenerar en egoísmo de grupo o chovinismo (identidad exclusiva y arrogante). Podemos definir el chovinismo como una identidad de grupo que sólo puede afirmarse mediante la hostilidad o la agresividad hacia otros grupos. Y esto es exactamente lo contrario de la universalidad efectiva.

d). Identidad incompleta

Europa, marcada por tres revoluciones —laica, liberal y tecnológica— del mismo modo que se ha modernizado, ha tenido también una reacción romántica. Los románticos soñaban con una «identidad integral» que la modernidad nos ha hecho perder y que debería, según ellos, ser restaurada. Esta «identidad integral» habitualmente ha sido pintada como síntesis de elementos étnicos, religiosos, locales, ambientales y, con frecuencia, racistas («tierra y sangre»); se suponía que la persona estaba interiormente determinada, con una identidad compacta, bien definida y abrumadora y, en justa correspondencia, apelaba a un régimen autoritario para expresar y preservar esta identidad compacta.

Esta visión profascista reaparece ahora en diversas partes de Europa: implica una nostalgia nefasta por algo que nunca ha existido y no puede existir, salvo como caricatura impuesta por un poder totalitario. La razón es que la identidad humana nunca está terminada ni completa. Los seres humanos se diferencian de las cosas inertes en que no son auto-idénticos.

No pueden poseer una identidad fija y rígida. Hoy en día, algunos filósofos llegan incluso a poner en tela de juicio el «pienso» cartesiano y el concepto de subjetividad. Sin ir más lejos, debemos reconocer que el sujeto humano no puede tener una identidad fija, sino que es, como mucho, un proceso incompleto de auto-identificación. El ser humano adopta, digiere y expulsa constantemente constituyentes de identidad particulares sin residir completamente en ninguno; siempre está abierto a nuevos horizontes y posibilidades. Esto es especialmente visible en las modernas sociedades secularizadas, como lo son la mayor parte de sociedades europeas. Por una parte, con la secularización, la religión —y más generalmente: toda deontología absoluta— ya no es el centro de la vida y ya no proporciona su significado dominante.

e). *Elementos y anclajes de identidad*

De hecho, la hombres disponen diversos elementos de identidad parciales. Estos polos de significación no son necesariamente completos y coherentes y ninguno de ellos proporciona una «identidad» dominante y completa. Pueden derivar de la cultura, de la lengua o de la religión de una persona tanto como de su ocupación, su sexo, la vida familiar, su educación cívica, sus intereses artísticos, etc. Y, por supuesto, de su proyecto de vida.

Muchas veces, proceden de tradiciones culturales contradictorias como la religión o la ciencia, el nacionalismo o el liberalismo. En realidad, es parte de la vida moderna, a la que la gente se siente ligada; juran fidelidad a diversas tradiciones, grupos o sistemas de valores, y los utilizan como elementos parciales de su identidad personal. Estas personas reclaman —y deben tener derecho— conservar todos sus anclajes de identidad sin ser víctimas ni moral ni políticamente. La cuestión de la pluri-fidelidad está, pues, firmemente ligada a la cuestión de la identidad y debe ser enfocada de una nueva forma.

Todos estos polos parciales de identidad y de fidelidad contribuyen a unir a una persona con el Ser; sin embargo, pueden hacerlo de diferentes formas, ninguna domina ni excluye a las otras. Nosotros somos algo más que esos anclajes de identidad y más que su suma total: existimos por ellos, pero también por encima de ellos, estamos siempre abiertos a cambios de rumbo y a posibilidades nuevas.

Negar lo, buscar una identidad completa o «integral» es una de las fuentes del fanatismo, del fundamentalismo, del chovinismo y también del fascismo. En el mejor de los casos, lleva a las personas al conformismo, a renunciar u olvidar

el aspecto dinámico de su ser en favor de una identidad ilusoria, petrificada. Lo que están haciendo es reprimir el hecho de que esto es imposible para los seres humanos. Porque hay inevitablemente una especie de mala fe ontológica incluida en todo fundamentalismo, laico o religioso.

f). *Identidad y alteridad*

¿Cuál es el papel del Otro en la construcción de la identidad, de esta identidad incompleta, de múltiples caras, de la que hemos hablado? El Otro tiene varios sentidos.

i) El Otro cercano a mí en el mismo grupo: para enraizarme en una identidad de grupo, debo trascender hacia el otro como miembro del mismo grupo, adoptarlo como igual de forma solidaria. Esto crea un estatuto de camaradería o de «fraternidad» entre nosotros. Sin embargo, el estatuto del otro como hermano no viene determinado por su misma alteridad, es decir: no porque él o ella sea otro ser humano, sino porque nosotros compartimos ciertos atributos de grupo. Y este tipo de atributos de grupo puede, según las circunstancias, producir solidaridad o rivalidad, ayuda y reproches mutuos.

Precisamente porque se supone que todos compartimos la misma identidad o un valor común, hay una base para reprocharse mutuamente haber traicionado o desdeñado esos valores y para intentar cambiar al otro por la fuerza. Se hace especialmente evidente cuando hay rivalidad entre los extremistas —religiosos o nacionalistas— por saber quién es el más fanático; y también cuando los miembros de un grupo son injuriados o acosados por haber rehusado poner los intereses del grupo por encima de otros valores humanos más universales.

ii) El Otro por encima de mí en mi grupo: el líder, el fundador histórico, la autoridad normativa por la que mi grupo ha sido creado o persiste. Aquí interviene la compleja relación entre el individuo y la tradición: la tradición como formadora parcial de la identidad de la persona y la individualidad como parte de la tradición y, a la vez, trascendiéndola.

iii) El Otro fuera de mi grupo: no ser de otra parte es un componente de nuestra personalidad. En cierto sentido, me defino como quien no es el otro; incluso la exclusión de la identidad de otro grupo pertenece a la identidad de mi propio grupo. Esta relación lógica se expresa a menudo como competición, lo cual puede ser una fuente de energía y de creatividad. La diversidad europea sería insípida y estéril si estuviese privada de competición cultural. Lo que nece-

sitamos son normas éticas e instituciones políticas que garanticen que la aceptación mutua de todos sus componentes constituye una condición y un límite para su propia autoafirmación. Esto excluye por adelantado cualquier forma de xenofobia, de acoso a las minorías, de fanatismo y de chovinismo, que no sólo son moralmente intolerables, sino que deben considerarse como ofensas políticas y legales en el interior de una futura confederación europea.

g). Diversidad y tolerancia institucionalizada

Esta claro que los «Estados Unidos de Europa», federados al modo U.S.A., no pueden funcionar. Los Estados americanos tienen poco o ningún fondo histórico, y, en muchos casos, se diseñaron artificialmente. La identidad americana se creó desde un principio por la unión, por la ideología del *melting pot*, por la lengua y la tradición legal inglesa y, sobre todo, por la Constitución. En Europa dominan la historia y la diversidad. Además, los europeos interpretan su diversidad en términos nacionales, cosa que los americanos difícilmente entienden. Si hay una identidad europea, la diversidad de tradiciones y los substratos históricos forman parte de ella. Ser europeo es compartir este atributo común (el europeísmo) de forma diferente a la de los otros europeos. Por lo tanto, Europa debe realizar su unidad mediante su diversidad, antes que contra ella. No puede seguir el modelo de un «nuevo mundo» como en América. Diversidad y alteridad deben ser reconocidas e incluidas en la identidad europea.

Hasta ahora, sin embargo (y esto también es parte de la identidad europea), identidad y alteridad se han percibido en Europa como contrarios mutuamente incompatibles. Durante muchos siglos, los europeos han afirmado su clase, su religión, su nación, su lealtad política por medio de la negación de la identidad de los otros. Muchas veces, por medio de la guerra y la dominación. El sentimiento de pertenencia a una misma civilización (llamada a veces Cristiandad) se experimentaba como una vivencia singular, considerada como la única versión legítima. La alteridad se veía como una amenaza, un motivo de conflicto y de exclusión. La diversidad ha ocasionado violencia y opresión.

El problema que afronta Europa en la actualidad es cómo administrar su diversidad para que la identidad y la alteridad se complementen en lugar de excluirse. La diversidad puede ser una fuente de poder y de riqueza. Sin embargo, eso requiere que consideremos la alteridad del otro no como una amenaza y una barrera, sino como algo que también legítima nuestra propia identidad. En otros términos, aceptar

al otro en tanto que el otro es para mí una condición para hacer que se reconozca mi identidad. Al aceptar al otro, al intentar ver mi propia humanidad reflejada en el otro (aún cuando estemos compitiendo por bienes, valores o ideas), puedo afirmar mi propia identidad. Políticamente, eso obstaculiza el carácter violento, tribal, ardientemente particularista de las identidades étnicas y religiosas, y las vuelve mutuamente compatibles. Psicológicamente —y en materia de educación pública— fuerza a cada parte a pensarse y a verse también desde el punto de vista del otro puesto que es una condición previa para formarse y para tener una propia identidad y una percepción de sí mismo.

h). Tolerancia y el «efecto espejo»

La tolerancia es una contrapartida necesaria a la diversidad y al pluralismo. No la tolerancia como gracia —es decir, como un favor concedido a alguien por la buena voluntad arbitraria de otro—, sino la tolerancia como algo, a lo que la otra parte tiene derecho simplemente porque es humana y porque la humanidad es siempre específica y particular, es decir, diversa. Así pues, si la diversidad debe ser fuente de fuerza más que de violencia, tiene que ir acompañada de un principio de tolerancia fuerte e institucionalizado. Este principio debe expresar el reconocimiento mutuo, por parte de los diversos socios, del derecho de cada uno a existir y a desarrollarse en tanto que Otro.

No es tan utópico como parece, porque las instituciones políticas forman los hábitos y las actitudes de la gente. Una comunidad política que encarne el principio de tolerancia mutua y de co-dependencia (como podría ser una futura comunidad europea), es decir, una comunidad basada en un «contrato social» entre grupos iguales, con un centro fuerte y autorizado a salvaguardar sus derechos, será más que una institución política. Al formar nuevas costumbres y actitudes y cambiar gradualmente la imagen que las personas se hacen de sí mismas, puede servir como instrumento de educación social.

El «efecto espejo» es un concepto utilizado por los estrategas militares para adivinar el sentimiento profundo y la óptica del enemigo. Esta técnica ha servido durante la guerra fría con fines bélicos. Sin embargo, no es imposible ni utópico, utilizar las mismas técnicas de empatía al servicio de la tolerancia y de la cooperación para conservar a la vez la diversidad y la igualdad en una confederación europea. Es también una forma psicológica de convertir las espadas en picos y palas.

i). *La necesidad de una solución política*

Dos factores en particular, entre los que hemos discutido, explican el carácter pasional de las pulsiones de identidad:

- * el papel de la identidad como anclaje metafísico, por el cual nos ligamos al Ser: Hace las pulsiones de identidad tan fundamentales —y, potencialmente, tan emocionales— como las pasiones religiosas (que, también, afectan a nuestra posición metafísica en el universo).
- * el lazo entre la identidad y la alteridad, por el que la identidad se incluye en el tejido emocionalmente intenso que nos conecta a las otras personas (y, ontológicamente, al Otro como tal).

A causa de estos factores, la cuestión de la identidad está cargada de una gran energía psicológica, que la política debe tomar en consideración. Un intento de eliminar estas pasiones sería fútil y conduciría a la frustración y a la amargura; ignorarlas, sería políticamente peligroso. Para la política, el problema de la identidad es, pues, restringir estas pasiones conforme a un doble enfoque:

- * satisfaciéndolas en parte;
- * reconvirtiéndolas y canalizando su energía por medios políticos e institucionales.

El objetivo es utilizar estas mismas fuerzas para producir la cooperación y la correspondencia mutua en lugar del conflicto y la agresión. Tenemos que reconocer que mucha gente quiere expresar su humanidad por medio de su identidad de grupo. No tiene importancia el que nos guste o no: la política no se ocupa de la verdad filosófica, sino del comportamiento humano real. ¿Cómo convertir su naturaleza potencialmente agresiva y perturbadora en ventajas y reconocimiento mutuos? Si los hombres sienten que su humanidad se expresa a través de su grupo étnico o su nacionalidad, no sirve de nada discutir filosóficamente con ellos. Ha de haber una respuesta política para sus exigencias, que contenga el volcán de las pasiones de identidad en parte satisfaciéndolas, en parte reconvirtiendo su energía hacia otros canales más cooperativos. Y, en parte también, encuadrándolas desde un centro de poder eficaz y democráticamente constituido.

CAPITULO IV

**LA EUROPA DEL 2020. EL
SISTEMA DEMOCRATICO
EUROPEO: LA NUEVA
CONFEDERACION Y LA
SOCIEDAD CIVIL.**

CAPITULO IV

LA EUROPA DEL 2020. EL SISTEMA DEMOCRATICO EUROPEO: LA NUEVA CONFEDERACION Y LA SOCIEDAD CIVIL.

¿Cómo concebir un proyecto político realista que, afirmando una identidad europea comprensible para el mundo, lo sea también para sus ciudadanos?

Aquí se proponen dos entradas. Se escucharán dos voces. A nueva situación, nueva fórmula política. La primera entrada se sitúa en una perspectiva política de tipo confederal, que es solamente esbozada en sus contornos generales: se trata de un proyecto de estudios que convendría llevar en común para formular una organización de la próxima Europa.

La segunda entrada parte de las necesidades políticas expresadas frente a una construcción europea fundada en principio sobre la economía. La nueva etapa debe, en opinión del grupo de trabajo, basarse en una gestión que dé todo su espacio a la dimensión y a la significación políticas de la aventura europea.

Cada uno tomará de ello lo que le parezca pertinente, en un esbozo que, a continuación, habrá que pulir, afinar y precisar.

¿Una nueva confederación para Europa en el año 2020?

a). *Un sistema democrático europeo*

El fracaso del bloque soviético —el último imperio europeo— ha demostrado la inutilidad de pretender resolver el pro-

blema del nacionalismo por medios represivos. El sistema soviético proporcionó un marco supranacional y un velo de universalidad para contener las pasiones de identidad de sus componentes étnicos y religiosos. Sin embargo, lo hizo por la fuerza y la represión. En realidad, se basaba en el dominio de la mayoría rusa sobre todas las demás. La universalidad que ha proporcionado el Imperio soviético era una falsa universalidad, porque era coercitiva; la ilusoria unidad que producía era incapaz de apagar las pasiones de identidad de los diversos grupos. Más bien las ha intensificado. La misma lección puede extraerse de otras estructuras supranacionales represivas, como el imperio de los Habsburgo dominado por los alemanes o la antigua Yugoslavia dominada por los serbios.

Esto es lo que no funciona. ¿Qué puede funcionar? ¿Quizá un «sistema democrático europeo», es decir, un marco supranacional no represivo capaz de satisfacer las pasiones de identidad de sus componentes, al menos en parte, y, al mismo tiempo, capaz de contenerlas, no mediante el uso unilateral de la fuerza, sino por la transferencia democrática de ciertos campos de control y de autoridad? Este envite pesará sobre toda política europea futura. No hay manera de eliminar las pasiones de identidad y sería inútil suprimirlas por la fuerza. Hay que restringirlas de una forma diferente: satisfaciéndolas hasta cierto punto y manteniendo el resto bajo el control democrático y no represivo de los principios universalistas.

Esta necesidad apela a una nueva formación política que nunca ha existido en el pasado. Llamémosla «La Nueva Confederación». La Nueva Confederación deberá tener un centro estrictamente limitado en sus tareas, pero eficaz y capacitado para llevarlas a cabo. El centro dejará un amplio margen de maniobra a los estados miembros y también a las regiones y a las minorías étnicas. Además del control de competencias comunes, como la defensa y la moneda, el centro velará por que todos sus miembros respeten los mismos derechos democráticos, que pueden ampliarse a nuevas categorías de derechos reconocidos a los subgrupos, y a las comunidades étnicas que vivan a ambos lados de una frontera estatal. El centro tendrá competencias para revocar las decisiones de las autoridades locales para salvaguardar los derechos de las minorías y de las culturas específicas, pero también será capaz de vigilar y controlar su potencial agresivo, sin por ello ser represivo como los antiguos imperios. El Estado-nación quedará como componente esencial de la Nueva Confederación, pero la clásica concepción de su soberanía y de su rol como polo de lealtad único y dominante deberá ser modificado. Se requiere, pues,

un trabajo de investigación pluridisciplinar para idear alternativas.

Las «confederaciones» actuales son en realidad cuerpos federados, como Suiza. La escisión parcial y caótica del antiguo imperio soviético, de Checoslovaquia, pacíficamente, y de Yugoslavia, trágicamente, no indica necesariamente que estas nacionalidades vayan a descartar siempre estructuras supranacionales. Lo que rechazan es ser parte de esas instituciones por la fuerza. Sin embargo, es posible imaginar que, tras haber satisfecho su aspiración a una identidad separada, estos Estados acepten, en una segunda fase, delegar parte de su autoridad a un cuerpo o una confederación más amplia, pues entonces se haría por su libre elección y conservando lo que para ellos es valioso. Así, la República Checa y Eslovaquia, en el momento de su sedicente divorcio de seda, decidido por las elites políticas sin ninguna consulta popular, han tenido que ponerse de acuerdo sobre varias decenas de decisiones bilaterales para conservar la base de su infraestructura preexistente.

Nadie sabe lo que pasará con Croacia y Serbia a largo plazo. En el caso de la antigua Unión Soviética, el creciente papel del ejército ruso a lo largo de las fronteras soviéticas anteriores indica que, una vez más, el centro ruso actúa como árbitro en los conflictos étnicos locales, allí donde considera que sus intereses geoestratégicos están en juego.

Por supuesto, no hay garantías de que un enfoque tal se materialice, porque la historia rara vez es lo bastante racional para hacer realidad adecuadamente aquello que se necesita. También se pueden prever dos perspectivas-catástrofe:

- i) La división extrema de Europa en nuevos nacionalismos y micronacionalismos; lo que conduciría al derrumbamiento del marco del acuerdo de Helsinki y a nuevos conflictos armados en el continente, estando Francia, Rusia, Ucrania y probablemente Alemania, en posesión de armamento nuclear.
- ii) La toma del poder por fuerzas represivas no democráticas y organizadas en nuevos bloques geográficos y militares, también en posesión de armas nucleares.

Las dos perspectivas pueden unirse en una deriva al estilo decimonónico. Los conflictos de las minorías locales podrían desembocar en macroconflictos entre Estados. Todo dirigente responsable debe considerar prioritaria la obligación de evitar una derivación semejante. Ello exige una mayor convergencia en las cuestiones de política exterior, así como una voluntad y, en último extremo, una capacidad de intervención.

Para evitar estas eventualidades nefastas, el único recurso es imaginar una «confederación democrática europea», lo bastante poderosa como para imponer una política de defensa uniforme a sus miembros y disuadir a los poderes externos. La CSCE, incluso ampliada hacia cierta forma de Naciones Unidas Europeas, no resulta conveniente. Una organización como las Naciones Unidas, o peor, como la Sociedad de Naciones, sólo es eficaz si sus miembros operan de común acuerdo. ¿Qué pasa si no lo hacen? ¿Qué pasará si surge una nueva guerra fría en el continente europeo? Las Naciones Unidas regionales serían tan impotentes como las actuales Naciones Unidas lo han sido durante la guerra fría mundial.

b). La Nueva Confederación: algunas características

En ausencia de precedentes históricos, la elaboración de un «sistema democrático europeo» es una tarea que no se debe emprender antes de haber llevado a cabo un trabajo teórico colectivo e interdisciplinar. Sin embargo, se pueden definir, basándose en las necesidades a las que pretenden responder, algunos principios fundamentales de la Nueva Confederación.

i) Lo más importante para la Nueva Confederación es su carácter no represivo -el hecho de que esté basada en la libre asociación y la cooperación entre Estados que permanecen autónomos incluso después de haber cedido una parte de su autoridad al centro.

La Confederación será más poderosa que las «Naciones Unidas de Europa» y menos centralizada que los «Estados Unidos de Europa». El centro no estará organizado como un gobierno federal europeo, sino como una autoridad flexible, pero fuerte. Esta autoridad debe estar descentralizada en varias secciones, en asambleas ejecutivas, reguladoras, consultivas judiciales y legislativas. Estos poderes serán parcialmente independientes unos de los otros. Un comité especial de tres miembros regulará los conflictos agudos entre ellos.

El centro tendrá el derecho y el poder de hacer respetar ciertas decisiones cruciales; será, pues, coercitivo. Pero no represivo, porque su derecho de coerción derivará de un consenso democrático y estará limitado por un procedimiento de derecho. Incluso en ese caso, los temas que permitan el empleo de tales derechos deben ser limitados. La coerción no debe ejercerse más que después de que los otros medios -los procesos formales, las presiones económicas, etc- hayan fracasado.

ii) Las principales funciones de la confederación son: llevar a cabo una política de defensa común con un mando militar

unido; determinar la política monetaria; salvaguardar los derechos de las minorías y los procedimientos democráticos en sus Estados miembros. Además, el centro será responsable de los intereses comunes, como el medio ambiente, la infraestructura, la seguridad social y una política de comunicación equitativa. El concepto de «Centro» significa una constelación de varias autoridades —véase más adelante—. Una de las más importantes responsabilidades del centro será, pues, hacer respetar los derechos de los Estados que lo componen, de las regiones, las Iglesias, los grupos étnicos, etc. Arbitrará los conflictos minoritarios y tendrá, tras un proceso legal, la capacidad de anular las decisiones locales e incluso, en casos extremos, el derecho de intervención.

iii) Aunque sea un instrumento eficaz en los campos señalados, el centro será reducido. No administrará más que aquellas cuestiones que no puedan ser adecuadamente resueltas a un nivel inferior, estatal o local. Por otra parte, el propio centro estará parcialmente desconcentrado. Por ejemplo, el Banco Central será independiente del Ejecutivo, también lo serán la autoridad confederada para el Medio Ambiente o la agencia de la Seguridad Social. El poder Judicial confederal también estará dividido en múltiples tribunales, algunos de ellos dedicados a cuestiones específicas como los derechos de las minorías o los conflictos que se puedan plantear entre cuerpos semiautónomos dentro de la confederación.

iv) Los poderes de la asamblea legislativa estarán limitados únicamente a las cuestiones del núcleo confederado. Deberán expresar claramente los principios universales sobre los que está basada esta confederación y sus intereses generales. El legislativo estará dividido en dos cámaras. Aunque sus funciones específicas no puedan precisarse en este momento del presente ensayo, parece útil indicar a título de ejemplo cómo podrían funcionar. La cámara baja sería elegida, mientras que la cámara alta, en la que estarían representados los Estados, podría incluir también a miembros designados por los diferentes Estados y sectores civiles (Iglesias, ciudades, minorías étnicas y, por qué no, sindicatos de trabajadores y organizaciones empresariales). Esta cámara incluiría igualmente a profesores seleccionados y a diplomados de la academia confederada europea, una escuela prestigiosa aún por crear (ver más adelante). La cámara alta establecerá un comité para las minorías cuya opinión se requerirá antes de que cualquier legislación sobre la cuestión de las minorías se decida. También puede tener derecho de veto único para una iniciativa legislativa de este género.

El poder judicial confederal gozará de poderes extensos y del más alto prestigio. Sus miembros se reclutarán con

esmero entre una elite intelectual, profesional, ética y de orientación democrática.

v) El concepto tradicional de lealtad deberá modificarse. Si la identidad deja de ser considerada integral u omnipotente, la lealtad de una persona ya no deberá estar monopolizada por el único Estado-nación. Es legítimo combinar varios niveles de lealtad -hacia el Estado, las comunidades étnicas trans-fronteras, las comunidades religiosas y, por supuesto, hacia la confederación como tal.

vi) El Estado-nación actual deberá ceder ciertos poderes importantes a los niveles superiores e inferiores. No obstante, seguirá siendo el eje del sistema. La confederación deberá tomar en consideración los intereses de los Estados en todos los niveles de decisión. Sólo tendrá poder de veto y de anulación en lo que legalmente se define como «cuestiones esenciales». Incluso entonces, los intentos de consenso y de procedimientos obligatorios para intentar aplicarlo deberán preceder a cualquier recurso a los poderes confederales de veto.

vii) Se instaurará un sistema especial de formación basado en el mérito personal para los candidatos a los puestos superiores de la confederación. Culminará en la ACE – Academia de la Confederación Europea–, una versión reformada del sistema francés de las grandes écoles, adaptada a las necesidades y objetivos de toda Europa. Este grupo de elite recibirá formación tanto de humanidades y artes tanto como de ciencias, economía, administración y ciencias políticas; serán los guardianes de una herencia política y cultural compartida.

c). *La identidad «europea» debe ser normativa*

¿Cuál será esta herencia, la identidad europea compartida?

Europa no tiene una identidad fija e integral. Sin embargo, un conjunto de ingredientes –nacional, cultural, de civilización– puede constituir la versión europea de la civilización occidental, distinta de la versión americana y también de las sociedades occidentales de las otras partes del mundo.

Históricamente, la civilización europea ha estado construida sobre los elementos griegos, romanos y judeocristianos, a los que el feudalismo, el Renacimiento, la Reforma, la secularización moderna, la Ilustración (la cultura de los derechos humanos y la democracia liberal) y el nacionalismo moderno han añadido sus sucesivos estratos. Recientemente, los inmigrantes musulmanes, venidos de Turquía, de

Africa del Norte y del subcontinente indio, han aportado un nuevo ingrediente a la mezcla. Los judíos, tanto practicantes como laicos, han participado durante mucho tiempo en todos los aspectos de la vida europea y su civilización.

Durante mucho tiempo, la civilización europea ha sido concebida como «La Cristiandad». La religión ha desempeñado un papel fundamental en su constitución. Incluso aunque la práctica religiosa pierda terreno en Europa, su trasfondo judeocristiano está todavía muy presente, hasta en su forma laica.

Una estructura básica de la civilización europea es la máxima cristiana según la cual hay que dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Esto ha impedido el surgimiento de una cultura teocrática y ha permitido más tarde la progresiva separación del Estado y la Iglesia, fuente de la modernidad. Al mismo tiempo, Europa también ha sido el escenario y el origen de muchos sufrimientos y de fanatismo, inquisiciones, guerras de religión, nacionalismo devastador, racismo y, en fin, del holocausto. He aquí elementos en la identidad histórica europea que no pueden ser eficaces.

Así pues, la identidad «europea» que conviene buscar debe ser normativa: la identidad deseable que Europa quiere darse a sí misma. Debe estar orientada hacia el porvenir más que hacia el pasado; incluso cuando se vuelva hacia el pasado, debe seleccionar aquello que necesitará para su futuro.

Mientras que las regiones y los Estados europeos pueden construir su identidad relativa sobre la base de sus particularidades étnicas e históricas, la identidad «europea» debería más bien subrayar los elementos universales; en primer lugar, una cultura política compartida e instituciones comunes, basadas en la herencia, revisada y modificada, de la Ilustración: se trata de las ideas de dignidad y de derechos humanos, de gobierno por consenso o acuerdo, de Estado de derecho, de primacía de la sociedad civil (cultura, economía, vida privada, etc.) sobre la política, y de otros fundamentos liberal-democráticos. La constitución confederada, incorporando estos principios, debería servir de fundamento superior a la identidad «europea» y convertirse en el objeto principal de lealtad. Porque incluirá la tolerancia institucionalizada —el reconocimiento del otro como condición de mi propia identidad particular—, la identidad «europea» implicará un reconocimiento de la diversidad como parte de la europeidad.

En otros términos, ser «europeo» significará formar parte de una rica diversidad como condición de la identidad «europea» existente y cuyos componentes son mutuamente

aceptados y reconocidos como iguales. Se será europeo siendo alemán, italiano, danés, etc. ...O también siciliano, bávaro, corso francés, indio británico o judío ruso -al reconocer a todos esos grupos como encarnaciones iguales y legítimas de la europeidad. Sobre todo, y como consecuencia de esta diversidad, ser europeo querrá decir adherirse a una misma cultura y a los valores políticos encarnados en las principales instituciones de la confederación.

Y esto será también una condición *sine qua non* para la admisión de nuevos Estados en la confederación: el billete de entrada -necesario pero no suficiente- se adquirirá con la calidad de las conductas en materia de democracia, de derechos humanos, de deslegitimación del antisemitismo y de rechazo del racismo.

El esquema está dirigido a coordinar las relaciones entre los Estados y entre sus componentes, de modo que se evite un desfase entre el grado de integración económica -alcanzado bajo el influjo de la formación de grandes mercados- y la capacidad de articular la coherencia política. Tiene por objeto ofrecer un marco mínimo organizado a un gran número de Estados -más de cincuenta- y permitir la gestión de este complejo de relaciones de pertenencia que se desarrollan en torno a una pertenencia central, una nación determinada; hacer compatibles las identidades particulares y la pertenencia objetiva a conjuntos más amplios.

Sociedad cívica y Europa política: de la Europa vivida a la Europa concebida

Para alcanzar un Estado tal de relaciones civilizadas entre naciones -que es menos utópico de lo que parece, siempre que los responsables de los Estados sean conscientes de lo que está en juego- no basta con elaborar un proyecto coherente y realista en un círculo cerrado de pensadores deseosos de acción. Los proyectos de unión europea no han faltado en el pasado. Recuérdese el que articuló el rey de Bohemia, Jorge de Podiebrad, quien, en 1464 propuso a la mayor parte de Estados europeos de la época un original *Tractatus*: el «Tratado de alianza y de confederación».

Este precedente, como tantos otros, recuerda que Europa es primero «una idea», reformulada sin cesar, en periodos propicios, por sus pensadores y sus ciudadanos. En esta acepción, son europeos quienes participan en un proyecto democrático europeo, el que prepara el próximo cuarto de siglo. Una fórmula así merece ser precisada. Los sujetos,

o actores, de una empresa tal no pueden, o ya no pueden, ser sólo los Estados.

¿No es necesario, en la edad de las relaciones, en la era de la información, que los ciudadanos de Europa se impliquen en esa formulación? Recuérdese la observación que le hizo Cavour a su soberano, en el tiempo de la unificación italiana: «Italia existe, Sire, lo nuestro es hacer que existan los italianos».

¿Habrá en el 2020 «ciudadanos europeos» en un ámbito que no será, evidentemente, una «nación», sino una «confederación de Estados democráticos»?

El objetivo central para el próximo cuarto de siglo parece ser el de trabajar en el surgimiento de esta conciencia europea que ya existe, de manera difusa, pero que es tan frágil como la curva del desempleo y las tentaciones de replegarse sobre sí mismo que induce. A diferencia de una construcción mercantil, que se basa en la noción de interés, un proyecto político se apoya en los valores que pretende promover.

El acceso a esta conciencia, es decir, el surgimiento de una Europa que sea tan pensada como vivida, no puede resumirse en un sortilegio sobre la comunidad de culturas: pasa por una práctica cívica concreta. El nacimiento de una sociedad cívica europea, rica en diferencias, es el objetivo central de una unión política. Implica un proceso de «civilización», en el que el término «civil» —como en «sociedad civil»— adquiriría el sentido fuerte de «cívica», proveniente de *civicus*: lo que es propio del ciudadano, en el sentido de responsabilidades, derechos y deberes.

a). *Sociedad cívica*

Se pueden delimitar varias condiciones para empezar a trabajar en beneficio de una ambición política.

Una primera condición concierne al paso de una sociedad de consumidores/electores a una sociedad cívica. Este término designa una sociedad comprometida en un proyecto colectivo, por sus iniciativas y sus propuestas, sus derechos y sus deberes; en resumen: una sociedad que ejerce una verdadera responsabilidad (*responsiveness*). Responsabilidad en el sentido de responsa: capaz de dar una respuesta propia, tras un debate, a una cuestión de interés general.

En esta llamada a una gestión que sea mas bottom up que top down, se choca con la pesadez de los hechos y de

los estereotipos. Sin duda el Tratado de Roma no habría sido aprobado si se hubiese sometido a referéndum entre los Seis en 1957; intereses económicos y políticos ejercían una poderosa oposición frente a una idea revolucionaria: hacer trabajar juntos a los enemigos de ayer. No se puede, pues, poner en duda a posteriori el método empleado por los Padres fundadores: una serie de hechos consumados contra los conservadurismos y los estereotipos nacionales. Pero este método correspondía a la fase de creación. Hasta 1992, la construcción europea no había sido objeto de consultas populares; esta costumbre se ha visto rota por los referendos francés y danés, que han tenido el mérito de abrir un espacio para el debate. Este recurso a la consulta popular deberá proseguir con una serie de decisiones centrales de interés europeo: ampliación, refuerzo y valorización de los poderes del Parlamento Europeo de Estrasburgo —especialmente en materia de impuestos y de acumulación de mandatos—, decisiones de paso a la moneda común o única, política de grandes obras, sistemas de formación y de educación, reparto de competencias entre los diferentes niveles —de la Unión europea a las Regiones—. En resumen: sacar a público debate algunas orientaciones estratégicas esenciales.

Pero es fácilmente comprensible que la instauración de ese procedimiento de consulta a escala europea supondrá una revolución en las modalidades de la vida política de cada país. En la mayoría de países, los electores, por medio de su voto, delegan sus poderes en provecho de representantes lejanos y profesionales. El recurso a los procesos de referendo es rarísimo. Las frecuentes críticas contra la eurocracia son un pretexto falso, que sirve para enmascarar el poder no compartido de las tecnocracias nacionales. Por lo demás, la denuncia del «déficit democrático» de la Unión Europea procede de estos mismos tecnócratas, políticos nacionales que rehúsan estar presentes y activos en los escasos debates del Parlamento Europeo. Es conveniente reforzar igualmente el papel de los parlamentos nacionales, de manera que las decisiones que discutan los que tienen voz en las instancias europeas lo sean sobre la base de legitimidades innegables y que la co-soberanía adquiera sentido.

En Suiza, donde reina la democracia directa, no exenta, por otra parte, de manipulaciones, cada decisión de interés colectivo es objeto de una votación. El procedimiento tiene, sin duda, el inconveniente de su lentitud; pero tiene una doble virtud: una decisión votada es aceptada por los ciudadanos; y el recurso al procedimiento del voto obliga a los responsables confederales o cantonales a la transparencia y a la información. Les recuerda que el poder del

pueblo soberano nunca se delega de una vez por todas, sino que hay que rendir cuentas. Como cualquier expresión pública, una votación puede revelar fracturas que expresen diferentes visiones del mundo y del futuro. Es precisamente a través de la exhumación de esas diferencias y del debate que de ello resulta como se crea un «espacio cívico».

b). *Espacio cívico*

Por supuesto, no se crea el «espacio cívico» europeo sumando los intereses locales. Una Europa compuesta por un entramado de firmas multinacionales, una yuxtaposición de poderes locales celosos de su autonomía y una eurocracia supranacional apenas sería democrática.

Para que los candidatos electos de las naciones tengan influencia sobre la política de la Unión europea, es conveniente idear un nuevo modo de articulación entre el nivel nacional y el nivel europeo. De lo que se desprende el papel principal de los parlamentarios, portadores de la diversidad de las experiencias democráticas europeas.

Si se considera la sociedad cívica, en cada país, como la base del proceso de debate y de decisión, las elites políticas verán cómo su función pública se modifica: ya no se tratará de decidir sin consultas, sino de ejercer un control sobre la aplicación de las decisiones y dedicarse a negociar los compromisos europeos necesarios. Podría hacerse realidad, entonces, un «espacio público» de control y debate en el que se fundaría la legitimidad de las decisiones adoptadas.

De forma concreta, podemos imaginar que se extienda el método de las agencias europeas, que trabajan sobre objetivos precisos, concretos y controlables: se aplica a la investigación espacial; puede ampliarse a otros dominios: lucha contra la droga, proyectos de ordenación del territorio europeo, nuevas tecnologías, audiovisuales, educación y universidades, seguridad y protección social, trabajo...

El concepto de co-soberanía, o de soberanía ejercida en común, no tiene como objetivo sustituir a las realidades nacionales. Cada uno tiene su visión del mundo, construida a lo largo del tiempo y basada en experiencias históricas singulares. En varios países de la Europa occidental, la identidad nacional se vive como plural, habida cuenta de las fidelidades locales, regionales o comunitarias, y de la poliglosia de las culturas. Esto transforma a veces las relaciones entre los Estados en «jaulas de grillos». En otros países, la referencia nacional es fuerte aunque no sea estruendosa, por ejemplo, varios Estados de Europa central, como Polonia o Hungría.

Sin embargo, sólo del diálogo entre estas diversidades pueden nacer las ideas nuevas y fértiles.

La ausencia de un proyecto común puede acarrear dos consecuencias. Por un lado, una renacionalización de las políticas de los Estados que se considerasen capaces de responder ellos solos a los desafíos de la mundialización. Por otro lado, la reivindicación de regiones de acceder a un estatuto de Estado completo, por motivos comparables a los de los Estados, y con la ilusión de poder salir adelante solas, en ruptura con las ataduras anteriores. La revolución liberal de los 80, a la vez que favorece la globalización y la erosión de los puntos de referencia nacionales, lleva a pensar a ciertos dirigentes que las entidades políticas menos amplias son más eficaces en el plano económico. Es uno de los motivos de la separación entre checos y eslovacos, decidida desde arriba, sin consulta popular.

En esta perspectiva de *laissez faire*, a continuación vendría una fragmentación incontrolada, que no debemos excluir si observamos las divergencias y las rupturas de la solidaridad que ya se acentúan en diversos países europeos. Se puede, desde luego, pensar que las tendencias centrífugas se contrapesarían con su inserción en la Unión Europea. Ésta vería entonces cómo se le confía una misión de restablecimiento de los equilibrios económicos regionales que las «regiones-Estados» más prósperas ya no querrían asumir. ¿Hasta qué punto es aceptable este tipo de apuesta sobre el futuro? La pregunta está abierta.

Sin embargo, en el vasto campo de interacción que es este continente políglota, el objetivo consiste no en definir una identidad narcisista y aislada, sino en ser capaces de inventar el futuro junto con los demás.

Ésa sería una de las funciones de la educación escolar y universitaria de espíritu europeo: hacer descubrir bases de convicciones comunes compatibles con la multiplicidad y la riqueza de los valores relativos. Es, pues, un sector particularmente estratégico para el futuro: resalta, ciertamente, las políticas nacionales (y a veces regionales) y no debe pretender la uniformidad. Pero habría que producir elementos de discurso europeo común —por ejemplo, historia, sociología, derecho, geografía...— especialmente con el apoyo del Consejo de Europa. La formación de los ciudadanos europeos del próximo cuarto de siglo serviría para preparar la invención de un espacio cívico de debate.

c). Europa como actor

Por último, Europa sólo es una provincia del mundo. Si quiere existir como actor, sobre las bases políticas reno-

vadas arriba definidas, antes incluso de haber inventado una gestión confederal, si quiere continuar teniendo peso en los asuntos mundiales y no asistir pasivamente al previsto desplazamiento de los centros de gravedad, es importante preguntarse si la próxima Europa tendrá algo que proponer al próximo mundo.

Europa debe estar presente en los debates mundiales futuros: regulación económica, políticas migratorias, medioambiente, seguridad, papel de las organizaciones internacionales, modalidades de arbitraje e intervención en los conflictos.

Pero ¿debe actuar según los términos de referencia impuestos por otros, insistiendo sólo en los registros del resultado económico, de la competitividad y, a veces, de la «guerra» económica, o bien sólo sobre la potencia militar?

Varias propuestas para Europa merecen atención:

- La de los diálogos interculturales que se tornan estratégicos en un mundo sin duda globalizado por el mercado y los flujos de información, pero donde, según anuncian algunos, los próximos conflictos provendrán de choques entre civilizaciones. Las interacciones culturales con otros «mundos»: árabe-islámico, turco, persa, latinoamericano, africano e incluso chino podrían ser objeto de un esfuerzo específico.
- La de los modelos institucionales europeos, dado que los procesos de integración y de esbozo de la unión política acaparan la atención de numerosos Estados, de Latinoamérica a Asia. Un éxito en Europa facilitaría experiencias similares. Un fracaso rompería la vajilla de las concertaciones mundiales.
- La de los modelos sociales y políticos: la preocupación por una sociedad organizada es ampliamente compartida en Europa por los Estados, que afirman la primacía de lo político sobre lo económico y la necesidad de conciliación entre el interés individual y el interés público. Existen vías europeas que deben ser inventadas y promovidas en el campo de las relaciones de trabajo, el compromiso cívico de las empresas, el desarrollo de las negociaciones sociales...
- Por último, la de las «relaciones internacionales»: los europeos han trazado cerca del 70% de las fronteras del mundo actual. Los modelos políticos europeos se han exportado con mayor o menor acierto. Los fenómenos de fragmentación señalados para Europa también valen

para otras partes del mundo, tras el fin de la bipolaridad. Es indispensable una voz europea en las instancias desde las que se puede mantener un cierto orden mundial.

Al exportar nuevas ideas, al buscar nuevas fórmulas de coexistencia entre las naciones, los europeos ganaron prestigio entre los demás, así como el acrecentamiento de su propia identidad. Identidad no étnica, sino construida mediante la definición de un papel que desempeñar en la escena mundial. Europa sólo tendrá peso en los asuntos del próximo mundo si se reconcilia consigo misma y se propone como objetivo claro y comprensible una reintegración continental.

Terminemos con una frase. El futuro de Europa, para sí misma y en relación con el mundo, tendrá que situarse en el centro del debate que se debe emprender para el próximo cuarto de siglo.

CAPITULO V

EDUCACION PARA LA CIUDADANIA

CAPITULO V

EDUCACION PARA LA CIUDADANIA

¿Cómo educar a los ciudadanos europeos para que asuman su identidad y los desafíos de una Europa más ampliamente integrada y más profundamente cívica, con una mayor presencia en el mundo? (cf. pág.12)

Cualesquiera que sean las inciertas perspectivas sobre el futuro de Europa en el siglo que viene, está claro que los procesos de integración europea van a acelerar los cambios en la vida cultural, económica, política y social. Se puede pensar que la educación tendrá un papel esencial en estos cambios. La preocupación por los valores y los sentimientos de identidad tendrá, sin duda, mayor espacio, influyendo sobre las actitudes relativas a Europa y al mismo cambio.

Una educación de calidad debe formar ciudadanos más autónomos, más activos, más sensibles a la cohesión social. Sus enseñanzas, sus debates, enriquecidos en todos los programas con el estudio de la dimensión europea y con la difusión de la herencia cultural europea, proporcionará unos cimientos más sólidos a los sentimientos de «ciudadanía europea», aún virtuales.

Educación, fragmentación cultural e integración europea

La «dimensión europea» creará nuevas obligaciones, pero también oportunidades de innovación para quienes sepan aprovecharlas. La creciente interacción entre las culturas de los países participantes, tanto del Este como del Oeste, deberán tener como resultado importantes cambios. ¿Ace-

lerarán la integración? ¿De qué forma? ¿En qué sentido influirán sobre las evoluciones culturales?

La apertura de Europa al mundo depende de factores culturales y políticos. Es un problema crucial para Europa, que, a causa de la importancia de su comercio y de sus inversiones internas, corre el riesgo de cerrarse sobre sí misma, mientras otras regiones del Planeta, especialmente el área americana, Japón y Este asiático, pueden convertirse en la economía-mundo del próximo siglo.

Lo mismo sucede con la inmigración. Hoy día provoca serios debates en toda Europa, y en los próximos años se pueden generalizar las políticas restrictivas. Pero los factores demográficos, como la necesidad en Europa de una población más joven, ¿no mantendrán las puertas abiertas o, al menos, entornadas? Nuestras escuelas deberán, pues, ser capaces de responder a las necesidades formativas de una población de diversos orígenes culturales y de condiciones sociales heterogéneas.

La diversidad de culturas y de sistemas educativos en los países europeos no es obstáculo para el progreso de la educación. Porque la educación depende menos de esfuerzos de armonización y de estandarización que de políticas tendentes a promover la movilidad de las personas, el estudio de lenguas y culturas y la cooperación entre instituciones y personas.

Ya han aparecido numerosas redes y sociedades europeas, entre las instituciones educativas mismas y los medios profesionales que han permitido realizar investigaciones y formaciones en común, entregar títulos conjuntos e incluso crear instituciones europeas. En su seno se ha hecho más fácil armonizar programas y títulos. El movimiento debería acentuarse con fuerza, creando así una auténtica dinámica autónoma de integración en la diversidad. La «Europa de los ciudadanos».

Los numerosos programas de intercambio y de cooperación de la Unidad Europea han engendrado múltiples redes de relaciones, que a menudo han servido de base de lanzamiento a iniciativas comunes en materia de ciencia y de formación. Sólo quedaría articular entre sí todas estas iniciativas y asegurar mayor coherencia entre las políticas de la ciencia. Así se comprende que el Tratado de Maastricht haya incluido formalmente los problemas de la educación en su texto, protegiendo rigurosamente el derecho a la diversidad cultural con el principio de subsidiariedad.

Falta resolver la situación poco satisfactoria de las lenguas extranjeras, y la desigualdad de medios de que disponen los diversos países e instituciones para apuntarse a los intercambios y a la cooperación. ¿Podremos avanzar, como propuso uno de los países miembros, hacia un auténtico «espacio europeo de la educación» en cuyo seno cada ciudadano cualificado pueda sacar provecho del potencial educativo del conjunto de Europa? ¿Qué valor simbólico tan relevante! Pero ¿es realizable sin una visión política correspondiente y sin un sentimiento de ciudadanía europea?

a). *Educación, identidades y herencia cultural europea*

Se observan en Europa importantes cambios de naturaleza cultural, que la educación debe, evidentemente, tener en cuenta, y que —de confirmarse— deberían provocar notables transformaciones en el sistema educativo.

Hablamos, en primer lugar, del resurgir del sentimiento de identidad, nacional, lingüística o espiritual que muchos europeos consideran relegado en los procesos de integración económica, como consecuencia de la standarización internacional en los mercados o en los medios de comunicación.

La educación debería poder proyectar hacia el futuro a maestros y alumnos a través de investigaciones, estudios y debates que arrojarían luz sobre los posibles caminos alternativos para la evolución europea y quizá sobre sus impasses y sus tiempos de reacción.

El propio debate sobre el futuro está filtrado por juicios de valor y por la memoria del pasado. La educación, ¿no debería, en todos sus programas y a todos los niveles, clarificar y difundir la «herencia cultural europea», ya que ésta participa en la génesis del sentimiento de ciudadanía europea?

Este debate precisaría el contenido, el desarrollo histórico con los flujos y reflujos de valores que representa la ciudadanía europea. Ilustraría los riesgos siempre actuales de nuevas fracturas debidas a las «fallas» culturales profundas de Europa. Recordaría que la historia está llena de fracasos, de olvidos, de traiciones a esos valores que constituyen nuestra herencia, pero que también lo está de renacimiento y de una adhesión más general.

Demostraría la fragilidad de esta herencia frente a los virtuales riesgos de fragmentación, y la necesidad de reevaluar constantemente su alcance actual y su interpretación mediante la educación y la discusión. No podría tratarse de una herencia de certidumbres y de criterios que se pretendiera

aplicar, tal cual, a los problemas nuevos. Exactamente al contrario, el debate sobre esta herencia ayudaría a plantear nuevos problemas, a orientar sus soluciones, a ampliar las perspectivas.

b). La herencia de razón y la tradición humanista en cuestión

Muchas veces se evoca, en la actualidad, el descenso de confianza hacia los valores educativos tradicionales de razón, universalidad, progreso, ciencia y descubrimientos. Incluso hacia la educación como elemento de progreso. La situación podría cambiar con la recuperación económica y la solución de nuestros problemas de desempleo estructural, pero la memoria de estos sentimientos no se borraría, sin duda, rápidamente. ¿Se trata de cambios culturales duraderos que la misión tradicional de la educación en la sociedad debería modificar?

Esta misión consiste en proporcionar sentido, coherencia y perspectiva, en enseñar a equilibrar razón y sentimientos. Pero la formación moderna está dominada por las disciplinas analíticas, el uso generalizado de lenguajes técnicos y de la razón instrumental y las especializaciones precoces. Todo ello tiende a limitar el ejercicio de la síntesis. Lo cual también puede limitar las ocasiones de debates profundos sobre los valores y su interpretación. Por otra parte, la comunicación de masas, muchas veces impresionista, dramática y segmentada, confirma estas debilidades educativas, desde el punto de vista evocado aquí.

En tales condiciones, ¿será posible preservar la tradición humanista en una sociedad dominada por la ciencia, la técnica y la competición, con una educación masificada y una fuerte tendencia a la profesionalización de los estudios? ¿Tendrá al menos sentido la pregunta? Si lo tiene, ¿qué hacer? Una respuesta podría estar en la búsqueda de mejores equilibrios entre la formación general y las especializaciones, en la multiplicación de formaciones interdisciplinarias, o en más oportunidades de síntesis y de discusión a este nivel.

c). Educar en una sociedad pluricultural

Hemos señalado las razones para prever la multiplicación de situaciones pluriculturales en la educación: la internacionalización de intercambios que hará banal la participación de los extranjeros en la vida nacional, así como las inmigraciones pasada y futura. Las actitudes de mutua exclusión o de indiferencia son frecuentes. Pueden alimentar la violencia y la intolerancia, dado que el medio educativo está inserto en un clima social seriamente degradado. ¿Cómo

deben reaccionar los maestros? Nadie lo sabe exactamente; todo depende de las motivaciones y del arte de enseñar. ¿No sería urgente preparar a los maestros para esto? En el fondo, ¿pueden los valores de tolerancia dissociarse de los valores educativos generales y coherentes entre sí? ¿No convendría, en los métodos de enseñanza, insistir en las relaciones interpersonales, la comunicación, el diálogo, la negociación, el trabajo en equipo?

Aprender lenguas extranjeras es comprender los contextos culturales que les son propios. Se hace más fácil apreciar la dificultad de comunicarse con el extranjero, de escucharle incluso o de hacerse escuchar. Los estudios de antropología comparada, se llamen como se llamen, probablemente fuesen útiles. Permitirían discutir el significado específico de creencias, conceptos, instituciones del mismo tipo en diferentes culturas.

La educación para el cambio y la ciudadanía

La educación siempre ha respondido a la evolución de las demandas de la sociedad, pero a su propio ritmo. En ciertas épocas, se ha retrasado. Ha podido conceder privilegios a la instrucción sobre la educación, y subestimar sus objetivos de socialización y de formación del ciudadano. ¿No es lo corriente hoy en día?

a). ¿Cambios para el futuro?

Nuestra tradición democrática, que aspira a una formación masiva y de buena calidad, sin olvidar los niveles de excelencia, ¿está en tela de juicio para el futuro? ¿Volverán los sistemas de educación más segmentados, sin «puentes» eficaces entre ellos?

No se pueden ignorar las tendencias del empleo hacia una sociedad de servicios que demanda formaciones más generalizadas, en beneficio de los más, pero completadas por exigentes especializaciones y una cultura internacional profunda para los menos. ¿Cómo reconciliar la formación masiva y la calidad a todos los niveles? Evoluciones que parecen demasiado lentas de los sistemas de educación, ¿provocarían un regreso a métodos de control y de dirección centralizada menos permisivos con la experimentación de diversas innovaciones?

Las tendencias actuales nos conducen, sin embargo, hacia una gran variedad de necesidades de formación, con sistemas educativos muy abiertos tanto a las nuevas generaciones como a los adultos, y muy descentralizados; flexibles y con ricas interacciones. Las fronteras entre diversas instituciones educativas serán más difusas. Muchos otros organismos de la sociedad ofrecerán servicios de formación. Entre todos estos organismos, habrá a la vez relaciones de cooperación y de competencia.

Los esfuerzos de investigación y de formación por y para la investigación serán, sin duda, más impulsados, y a escala europea. Para acelerar la difusión de las innovaciones resultantes de los trabajos académicos, será fundamental transferir rápidamente los nuevos conocimientos a la enseñanza y a la vida profesional y social. Las enseñanzas profesionales, a todos los niveles, deberán gozar de una imagen pública suficientemente atractiva y ofrecer fácil acceso a todo el mundo. La enseñanza por alternancia entre estudios y trabajo podría ser la forma normal de organización de la educación.

De modo más general, parecen necesarios tres tipos de «revolución cultural», que conllevarían profundas transformaciones en los sistemas:

i) En primer lugar, la creación de sistemas de formación continua que hace falta concebir de manera precisa y que podrían adaptarse a las estrategias de recursos humanos de las organizaciones y a las de los individuos. Permitirían armonizar los estudios iniciales y las posteriores formaciones para adultos, y reorganizar mejor los estudios. Se haría más fácil buscar mejores equilibrios entre la formación general y las especializaciones, y dedicarse a mantener y profundizar los valores de ciudadanía por la educación, a lo largo de toda la existencia.

Por otra parte, es posible prever una nueva distribución de las relaciones entre tiempo de trabajo, tiempo de formación y tiempo de ocio que influya tanto sobre la demanda como sobre la oferta de educación. Los profesionales estarían más disponibles para participar en las actividades formativas. Y los enseñantes, trabajando también fuera de la educación, adquirirían más experiencia «social».

Con componentes más armonizados, más flexibles, estos sistemas de formación continuada permitirían reducir las tasas de fracaso y de abandono, debidas a deficientes orientaciones en los estudios. Sería más fácil pasar de un

programa a otro, de un organismo a otro, del trabajo al estudio. La igualdad de oportunidades de éxito entre los ciudadanos quedaría mejor asegurada.

Esta revolución de la educación continuada no será fácil de realizar plenamente, por mucho que la sociedad actual sea unánime a la hora de ponderar sus futuros méritos. Porque chocaría con tradiciones, con normas diferentes y con múltiples experiencias muy arraigadas en la sociedad. Habría que precisar los roles respectivos de educación y de profesiones entre los «socios» que se han de crear.

ii) La segunda «revolución cultural» se refiere a la aplicación generalizada de las nuevas tecnologías de la información, en todas las actividades de la sociedad y, en particular, en la ciencia, la educación y la cultura. Gracias a su capacidad de «deslocalizar» las formaciones, en casa, en el trabajo y en otros lugares, el empleo de estas técnicas concederá más flexibilidad a la oferta y a la demanda de educación. No reemplazará al estudio en el seno de las instituciones educativas, pero desempeñará una importante función en ellas.

Como consecuencia del retraso de una concepción pedagógica sobre la utilización de estas técnicas en el conjunto de los procesos educativos, en contraste con el avance rápido e invasor de las nuevas tecnologías, las innovaciones en la enseñanza requerirían planes de conjunto, el firme compromiso a largo plazo de los responsables y los recursos necesarios para disponer de nuevos materiales y programas y para la formación del profesorado.

La competencia intra-europea e internacional ¿no se desarrollará, ofreciendo a amplios públicos oportunidades de estudios interactivos a distancia, en diversas lenguas extranjeras? Los poderosos órganos internacionales de comunicaciones ¿no se preparan? ¿Qué posibilidades efectivas tendrían estas multinacionales culturales?

iii) La tercera revolución cultural atañe al propio marco educativo y a los métodos de enseñanza, cuyo objeto es formar individuos competentes y motivados, que serían también ciudadanos con una participación activa en la transformación de su sociedad. Se trata de formar a los jóvenes en la autonomía, en la iniciativa, de hacerles capaces de aprender por sí mismos, preocupados por el trabajo bien hecho, abiertos al «otro». Los métodos deberían valorar la creatividad, el trabajo en equipo, la discusión, las relaciones interpersonales e interculturales y el compromiso en proyectos culturales, profesionales y sociales.

En una educación tan consagrada a la ciudadanía como a la eficacia, ¿cómo tener en cuenta las tendencias culturales que expresan el individualismo y la necesidad de «realización propia» al tiempo que se preparan las mentes y las actitudes para participar en obras colectivas y solidarias?

b). La educación y el desafío del empleo

Europa vive actualmente una nueva revolución en la cual el progreso económico y tecnológico han dejado de promover la correspondiente creación de empleo. El paro en Europa se ha convertido en una estructura no ya coyuntural sino permanente. La persecución de la competencia a cualquier precio, la privatización de numerosos sectores de actividad y la aplicación de los criterios de la economía de mercado a una serie de actividades de interés público (transportes, salud; ¿mañana, educación, seguridad?) contribuyen a la reducción del volumen de empleos de nueva creación.

La nueva pobreza no se limita a aspectos cuantitativos; sino que hoy en día se define también por aspectos cualitativos: la dificultad de adaptación a códigos y reglas del juego cambiantes. El mero hecho de poseer un título universitario ha dejado de ser una garantía de acceso a un empleo cualificado como sucedía en los años 60 ó 70. Como resultado, la sociedad parece bloqueada, porque la movilidad laboral es más reducida que antes.

Las políticas de empleo también deben ser objeto de críticas radicales y exigen una revolución cultural. Se debe hacer un esfuerzo para revalorizar aquellas actividades que tengan un interés colectivo obvio y puedan mejorar la competencia a nivel internacional. La comparación entre los diferentes métodos experimentados en Europa para la reducción del desempleo es algo que merece la pena intentar.

Si es cierto que las sociedades y la economía del mañana serán ricas en «recursos humanos», la renovación de la oferta educativa se convierte en una tarea urgente, especialmente para adaptarse a las situaciones donde las posibilidades de un Estado del Bienestar se verán reducidas. En muchos casos, será necesario que el sistema educativo prepare a los alumnos y titulados para crear su propio trabajo, en lugar de adaptarse a puestos de trabajo ya existentes. Esto implica un sistema que de prioridad a la creatividad y la expresión.

c). La capacidad de adaptación de los sistemas educativos

La intensidad y la rapidez de adaptación de nuestros sistemas educativos dependerá de la presión en favor del cambio que

la sociedad ejerza. En las estrategias de cambio, las motivaciones de los enseñantes desempeñarán una función esencial. ¿Cómo ayudarles a superar la actual crisis de identidad, preocupante en este oficio sometido a mutaciones tan rápidas? ¿No haría falta reajustar sus carreras y esforzarse por elevar su estatus social, y aplicar políticas de recursos humanos que supere la gestión de garantías estatutarias? Enseñantes y dirigentes deberían recibir formación en políticas de comunicación activas, para aumentar las buenas disposiciones de la opinión pública y de la clase política con respecto a la educación.

En resumen, los sistemas educativos aparecen como «sistemas complejos», donde la innovación depende de la vivacidad y de la variedad de las interacciones, tanto en su propio seno, como en sus relaciones con su entorno. Desde este punto de vista, nuestros sistemas tienen, sin duda, grandes progresos que hacer, dados los factores de fragmentación y de cerrazón existentes.

La teoría de los sistemas complejos considera también que la innovación no puede desarrollarse rápidamente si no es en el seno de un cierto desequilibrio entre «orden» y «desorden», o en los límites del «desorden». Estos dos estados coexisten en nuestros sistemas. Están rellenos de «orden»: horizonte a largo plazo, tradiciones antiguas, estatus protectores, limitaciones bien establecidas, dificultades para evaluar los resultados, ejercicio de una autoridad flexible.

Pero, tratándose de sistemas descentralizados, éstos disponen, en su base, de un gran potencial de iniciativas creadoras y están sometidos a presiones internas y externas. Por su formación, así como por su condicionamiento institucional, los enseñantes ¿no deberían estar mejor preparados para hacer que sus alumnos discutieran las posibles evoluciones futuras de la sociedad, tanto como ejercicio cultural como en calidad de entrenamiento para una ciudadanía activa?

EPILOGO

VIVIR JUNTOS

EPILOGO

VIVIR JUNTOS

¿Cómo convivir en la próxima Europa?

La riqueza de Europa —su diversidad de culturas y de lenguas, la variedad de visiones del mundo que se dan dentro de cada nación— es también lo que complica la elaboración de proyectos compartidos. Definir objetivos económicos es más fácil, porque los criterios son los mismos para todos: el interés. El terreno de los valores es, en cambio, más complejo. Sin embargo, es el que conlleva progreso y civilización, es decir, capacidad de vivir juntos.

En la actualidad esta capacidad vuelve a ponerse en duda por una razón muy simple: el espacio europeo es el más fragmentado del mundo y la multiplicación de Estados y de naciones, así como la práctica —aparentemente admitida sin límite— del ejercicio del derecho a la autodeterminación, acentúa el carácter de mosaico del continente europeo.

De ahí la urgencia de una nueva definición de la ciudadanía europea, que tendría por principio la articulación de lo particular a lo universal. No sobre la base de una identidad imaginaria o emocional como puedan ser las identificaciones religiosas o étnicas, sino con un fundamento político y simbólico compartido.

La noción de ciudadanía europea estará vacía de sentido si se queda en una mera categoría jurídica desprovista de valor político. Quienes se ocupan de las «nuevas enfermedades del alma» nos enseñan esta dificultad de los europeos de fin siglo para acceder a la representación y a la simbolización. Las lógicas racionales de la producción —buscar el resultado—, de la comunicación —conseguir un «impacto»—, y de las

relaciones de fuerza –adquirir el poder– nos alejan de una sociedad de creación y de expresión, capaz de desplegar una imaginación activa y una utopía creativa.

El presente ensayo propone algunas iniciativas.

- Suscitar la creación de grupos de reflexión que sean auténticamente «europeos», es decir, interculturales, capaces, mediante el intercambio, de confrontar distintas visiones. No basta con dominar una lengua común para entenderse. ¿Por qué los intelectuales del mañana no pueden ser mediadores culturales, capaces de articular un pensamiento-acción en el que cada uno podría reconocerse, ya que el futuro sería imaginado junto con otros?
- Elaborar nuevos modos de diálogo entre los tres polos del espacio cívico europeo por edificar: los ciudadanos, los responsables políticos y los intelectuales. Nada duradero es posible sin la profunda adhesión y la opinión madurada de los primeros, la implicación a largo plazo de los segundos y el compromiso lúcido y práctico de los terceros. Se trata nada menos que de situar la exigencia del debate cívico en el centro de los nuevos dispositivos políticos que los europeos deberán inventar para tratar los asuntos de interés común. Los intelectuales preocupados por articular el pensamiento en acción, al inventar, de alguna manera, una praxología, tienen un lugar en este espacio cívico que se ha de organizar. Un primer campo de ejercicio de un pensamiento-acción se encuentra en la comparación de las visiones del mundo y de los mapas mentales, cuya puesta a la luz condiciona la posibilidad de un diálogo intercultural serio y fructífero. La Europa del futuro necesita «esclarecedores», en ambos sentidos del término: aclarar el porvenir y actuar como pioneros.
- Imaginar dispositivos de educación inicial y continua donde se aprenda a intercambiar, a admitir el carácter relativo de las propias visiones y valores, a comparar las diferentes alternativas.
- Ofrecer una respuesta política inteligente a las necesidades de identidad y, en algunas ocasiones, a las pasiones de identidad; satisfacerlas en parte y canalizarlas en las estructuras cooperativas abiertas y democráticas.
- Sobre esta cierta base, se debería reflexionar en torno a una nueva fórmula política, que diera respuesta a esta necesidad fundamental: gestionar la creciente diversidad político-cultural de Europa por medio de la invención de una estructura de tipo confederal. Una nueva confede-

- La democracia renovada se muestra como un criterio central de pertenencia al ámbito político llamado Europa; sus fronteras no son geográficas, sino que están abiertas a todos aquellos que estén interesados por la participación en un proyecto común. Es preciso, además, que la democracia interna en cada nación se complete con relaciones democráticas entre los Estados. Las conquistas de la Unión Europea pueden servir de punto de partida. Lo que se ha realizado sigue siendo válido, pero ya no es suficiente.
- El establecimiento de densas relaciones con la «otra Europa» es una prioridad absoluta. Todavía es necesario que los «occidentales» aprendan a conocerla profundamente para entender sus aspiraciones —y éste es uno de los temas del diálogo intercultural—. La Europa con la que soñaban se parece de un modo extraño a una tierra prometida americana. Europa puede ser también una «nueva frontera», abierta a todos los roturadores y a todos los pioneros. Es la voluntad de aportar algo al proyecto común lo que abre el acceso a las instituciones existentes. Pero la Unión política deberá abrirse lo antes posible a todos los Estados democráticos europeos, viviendo en buena armonía con sus vecinos.
- El imperativo continental se impone como nueva escala de referencia. Nadie puede decir si Rusia será mañana un Estado plenamente democrático, en sí misma y en sus relaciones con sus vecinos, o si pasará por una nueva fase de modernización autoritaria. Una auténtica descentralización, que deje libre curso a las iniciativas locales una vez que las normas comunes se respetan, puede incitar este proceso de reintegración de Rusia en el ámbito continental europeo. Ni imperio ni Estado-nación; Rusia es un mundo cuya identidad va a afirmarse de nuevo. Dos certezas, sin embargo, debemos asumir: asociar a Rusia con todos los proyectos europeos comunes, cada vez que sea posible; y hacer una apuesta positiva por el porvenir de ese mundo que sigue siendo uno de los raros espacios pioneros en el planeta.
- De igual modo, la creciente y compleja interacción entre Europa y el mundo árabe-turco-musulmán supone reanudar un esfuerzo de búsqueda que, en Europa, ha estado un poco abandonado. Es indispensable un resurgimiento de los estudios árabes, turcos, iraníes y musulmanes para evitar que las respectivas identidades terminen definiéndose

únicamente según el modelo de la confrontación, cuando unos y otros deben gestionar un problema común: su relación con la modernidad.

- Al implicarse en un trabajo intercultural, Europa podrá, como actor, continuar teniendo peso en los asuntos mundiales, haciendo oír sus voces particulares. Por supuesto, la competición domina el escenario, cual monólogo que acalla el resto de expresiones. Sería bueno que la cooperación, experimentada en la escena europea, la compense y, al menos, la equilibre. Europa no existirá en el próximo siglo si no produce ideas nuevas o formula respuestas satisfactorias a la pregunta del «saber vivir juntos».

Se ha escrito, con justicia, que el siglo XX es el peor siglo que Europa haya conocido. Una ruptura de la convivencia, procedente de un continuo malestar en la civilización, conduciría en el siglo que viene a nuevos conflictos, en la misma Europa o en sus márgenes. La construcción de la paz animó a los inventores de la Comunidad, porque la imagen de las ruinas de la Europa precedente no había dejado de obsesionarles: «nunca más la guerra entre nosotros». Este objetivo ha sido alcanzado. Hoy en día, la problemática de la conservación de la paz, aun sin dejar de ser esencial, se enuncia como una estrategia de contención y, sobre todo, de prevención. Se aplica, en principio, a las naciones que no se habían comprometido en la aventura comunitaria. En cuanto a la Unión Europea del futuro, necesita, ahora que sus relaciones de vecindad son pacíficas, poner el acento en una renovación de las prácticas políticas y cívicas, las únicas capaces de responder a la cuestión del significado político de la construcción europea. Ésta tiene sentido para los otros, los que no forman parte de ella. Pero ¿y para nosotros, que somos partícipes? ¿Es preciso tranquilizarse pensando que el atractivo que ejerce en el exterior la fórmula comunitaria nos dispensa de toda reflexión sobre la sociedad cívica, la democracia y el juego de identidades? Desde luego que no. Es la apuesta de la próxima Europa: inventar desde el interior una fórmula nueva cuyos actores sean los ciudadanos. Sólo si acepta el envite, el ámbito Europa podrá ser, en su momento, ser protagonista de su historia.



FUNDACION BBV

La próxima Europa

FUNDACION BUNY

